

ECOS

de la Compañía



Vida espiritual - Desafíos - Actualidad - Historia

Fotocomposición: Cofás, S. A.,
Juan de la Cierva, 58, 28936 Móstoles, Madrid
Depósito legal: M. 8.273-1999

ENERO
FEBRERO
2021
Nº 1



La audacia
de la santidad
para
un nuevo impulso
misionero

Índice

- 2 Editorial para el año 2021
Equipo de Coordinación

Vida espiritual

- 5 Carta del 1 de enero de 2021
Sor Françoise Petit, Superiora general
- 10 Retiro espiritual de fin de año
*“Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito,
para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida
eterna”*
Padre Bernard Schoepfer, Director general

Oh María,
tú resplandeces siempre en nuestro camino
como un signo de salvación y esperanza.
A ti nos encomendamos, Salud de los enfermos,
que al pie de la cruz,
fuiste asociada al dolor de Jesús,
manteniendo firme tu fe.
Tú, Salvación del pueblo,
sabes lo que necesitamos
y estamos seguros de que lo concederás
para que, como en Caná de Galilea,
vuelvan la alegría y la fiesta después de esta prueba.
Ayúdanos, Madre del Divino Amor,
a conformarnos a la voluntad del Padre
y a hacer lo que nos dirá Jesús,
quien ha tomado sobre sí nuestros sufrimientos
y ha cargado nuestros dolores para conducirnos,
a través de la cruz,
a la alegría de la resurrección.
Bajo tu protección buscamos refugio, Santa Madre de Dios.
no desprecies nuestras súplicas que estamos en la prueba,
y libéranos de todo pecado,
oh Virgen gloriosa y bendita. Amén.

Pape François

- 19 Entregadas a Dios, en Comunidad, para el servicio
«La Comunidad fraterna para la misión»
Padre Bernard Schoepfer, Director general
- 25 Carta del 25 de enero de 2021
Padre Tomaz Mavric, Superior general
- 26 Carta del 2 de febrero de 2021
Sor Françoise Petit, Superiora general
- 35 Cuaresma 2021: “Mi Cristo roto”
Padre Tomaz Mavric, Superior general

Actualidades de las Provincias

Testimonio de las Hermanas

- 41 Provincia Nuestra Señora de la Misión-América Sur
La caridad de Cristo nos apremia en el desierto de Atacama
Sor María Isabel Ruiz y la Comunidad de Iquique
- 44 Provincia de India Sur
El servicio de los pobres, una experiencia en la que cada uno da y recibe
Las Hermanas de la Casa «Marillac Bhavan Madathil»
y de la Casa «Cheshire», en Whitefield

Historia de la Compañía

- 48 Santa Isabel Ana Seton, una mujer de comunión
Sor Judith Mausser, Hija de la Caridad
- 57 La unión de las Hermanas de la Caridad de San José de los Estados Unidos con la Compañía de las Hijas de la Caridad
Sor Magdalena Harbu, Hija de la Caridad

Editorial para el año 2021

A la luz de la nueva encíclica «Fratelli tutti» del Papa Francisco, firmada en Asís el 3 de octubre de 2020, el equipo de coordinación desea colocar este año 2021 bajo el signo de la fraternidad y acercarse más especialmente al tercer desafío, la «mística de vivir juntas», sometido a nuestro estudio para la Asamblea general de 2021. En la crisis sanitaria que atravesamos, el tema de la fraternidad es bienvenido porque muchas de nuestras relaciones sufren por este contexto tan difícil en el que estamos inmersos.

En su encíclica, el Papa Francisco vuelve a poner en el centro de nuestra vida el principio de la caridad fraterna, de nuevo quiere ayudarnos a encontrar la importancia y la riqueza de la caridad fraterna en la que debemos vivir y que es para nosotras, también, el primer mandamiento que el Señor nos dejó: «*amaos los unos a los otros*». Con la parábola del Buen Samaritano que es el fundamento bíblico principal de la encíclica, el Papa afirma que la Iglesia defiende una cultura del encuentro que integra a los pobres y a los débiles. Él reserva un lugar particular a la figura de san Francisco de Asís y a la de Charles de Foucault, que se identificó con los últimos y que se convirtió entonces en «hermano de todos». Los Ecos reservarán un lugar especial a una bella figura vivenciana para conocerla mejor, Isabel Ana Seton, con ocasión del 200º aniversario de su muerte.

Después de haber decretado un año especial dedicado a san José del 8 de diciembre de 2020 al 8 de diciembre de 2021, el Papa Francisco también anunció, el 27 de diciembre de 2020, el Año de la Familia. Este

año comenzará el 19 de marzo de 2021 y concluirá el 26 de junio de 2022 en el 10º Encuentro Mundial de las Familias en Roma. Así pues, es san José quien va a guiarnos en este Año de la Familia, bautizado «*Familia Amoris laetitia*». El deseo del Papa es que podamos conocer mejor y profundizar en el contenido de la exhortación «*Amoris Laetitia*» que da continuidad a la reflexión de dos sínodos. Esta exhortación no es un tratado sino una reflexión para descubrir la especificidad de la belleza del amor humano, cómo vivirlo concretamente, y también descubrir que la familia es este lugar en el que se puede vivir el amor humano, incluso en medio de las dificultades. Cuando la Iglesia habla de la familia, habla de la familia tal y como la vive cada uno, con sus penas, sus alegrías, sus dificultades y nos dice que quiere acompañar a cada uno, allí donde está. Y si la Iglesia orienta nuestro corazón hacia la Sagrada Familia, no es para copiarla, sino para que podamos practicar las virtudes familiares, con las que nos sostenemos mutuamente y cada uno recibe del otro. La familia se recibe y se construye, es una tarea a la vez magnífica y difícil. Hoy en día, se habla mucho de familias rotas. La Iglesia está ahí para dirigir una mirada benevolente sobre lo que cada uno vive, sin hacer comparación con lo de antes, sino para acompañarle en lo que vive. Muchas de nosotras estamos al servicio de estas familias para sostenerlas y animarlas a avanzar, a crecer.

En el seno de nuestra gran Familia Vicenciana, uno de los aspectos fundamentales de nuestra vocación es «la mística de vivir juntas». El arte de «vivir juntas» a imagen de la Santísima Trinidad reposa en una relación viva con Cristo; Él es la unidad perfecta, Él es quien nos confía las unas a las otras y quien nos hace responsables las unas de las otras. La horizontal encaja en la vertical, y la vertical está atada para siempre a la horizontal. Si no existe una de ellas, todo se hunde; no hay fidelidad en el amor sin una efusión del Espíritu, como decía Juan Pablo II.

Nuestras Comunidades son talleres en los que trabajamos concreta, eficaz, inmediatamente en la fraternidad. También hay otros lugares de aprendizaje en los que ejercemos humildemente nuestro amor fraterno: en nuestros servicios junto a las personas más heridas por la vida, en nuestra colaboración con los laicos, la parroquia, la diócesis, la familia vicenciana, otras congregaciones religiosas, pero también en el diálogo ecuménico o interreligioso, etc... Cada gesto de amor de una Hija de la Caridad es un rayo de la gloria de Dios que brilla en la noche y que hace visible el misterio de la Compañía de «la Caridad divina hecha carne» y todos los actos

Editorial para el año 2021

de amor realizados en la tierra por nuestros hermanos y hermanas pobres son millones de estrellas que brillan en el cielo.

Con esta invitación del Papa Francisco a dar de nuevo una calidad a nuestro «vivir juntos», a devolverle una nueva energía profundizando cada vez más en el «sacramento del hermano», el Equipo de Coordinación de los Ecos ha pensado que podríamos compartir sencillamente nuestras reflexiones y nuestras diferentes experiencias que tienen que ver con la comunión fraterna y la unidad entre nosotras y con los demás, sean quienes sean. Estas múltiples prácticas de fraternidad, vividas en las Provincias y compartidas con toda sencillez, podrían estimularnos a tomar cada vez más conciencia de lo que damos y recibimos de nuestras Hermanas, pero también a sostenernos mutuamente en este esfuerzo común para vivir aún más en Dios para estar en relación de amor con aquellas y aquellos que nos rodean.

Desde ahora, les agradecemos que den a conocer gestos de fraternidad que se viven a través del mundo: es una manera de mirar el mundo de otra manera que en términos de crisis o de pérdidas de valores.

El equipo de Coordinación

Carta del 1 de enero de 2021

Queridas Hermanas,

*«El Señor te bendiga y te proteja,
ilumine su rostro sobre ti
y te conceda su favor.
El Señor te muestre su rostro
y te conceda la paz» (Núm 6, 24-26).*

El comienzo del año es propicio para hablar de paz y de proyectos. Durante algunas horas, toda la humanidad expresa los mismos deseos: cese de los conflictos, más justicia, respeto por los más pequeños, amor y felicidad. Estoy persuadida de que no son sólo algunas horas de ilusiones, sino que se trata más bien de un instante de autenticidad. El ser humano, y el creyente en particular, sabe que él recibe la vida, que es preciosa, y que es creado para ofrecérsela a los otros. «Creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó» (Gén 1 ,27).

El Señor nos bendice, aunque los tiempos son duros y estamos, como el pueblo hebreo, en un desierto: lugar de la prueba, lugar del encuentro y, es nuestra esperanza, lugar del crecimiento. ¿No es lo que el mundo atraviesa en este momento?

Podemos dar nombre a la prueba, la de todos aquellos y aquellas que nos rodean, la de algunas Comunidades que han sido profundamente afectadas por la Covid. Muchas Hermanas han fallecido en todos los continentes y especialmente en Europa. También existe la violencia, como, por ejemplo, en Etiopía, en el



Vida
Espiritual

Carta del 1 de enero de 2021

norte de Mozambique, en Bielorrusia, en Chile, en Haití, en Nigeria... Se trata efectivamente de una «*guerra mundial a trozos*» como denuncia el Papa Francisco. Las Comunidades son testigos de ello y sufren con las poblaciones. A todo esto, se añaden las catástrofes naturales: tifones de repetición en Filipinas, inundaciones y avalanchas de lodo en varios países de América Central, en particular en Guatemala y en Honduras.

Sin embargo, sabemos cuántos encuentros son posibles en el corazón mismo de estos sufrimientos. Encuentros fecundos, que nos sorprenden y que nos abren al misterio del otro y a menudo a nuestro propio misterio. Encuentros improbables, que nos hacen dar gracias por la belleza de aquel o aquella que quizás está desfigurado por su historia, por su presente tan precario, pero que es tan precioso a los ojos de Dios. Escuchemos a este hombre sin hogar acogido en un centro de día: «*En la calle, tú eres una basura, aquí te vuelves a convertir en un ser humano*». Una chispa de esperanza que nos estimula, tomando como modelo al Buen Samaritano, a ser aún más prójimo del otro. Nuestra vocación nos permite ser los ojos, los brazos y el corazón de Dios.

Nuestras Hermanas de América Central lo expresan, después de las catástrofes naturales del pasado mes de noviembre: «*Para hacer frente a esta situación, lo primero es la cercanía, el consuelo, los alimentos, los medicamentos, los primeros auxilios y sobre todo el compartir con esperanza y confianza*».

Asimismo, en Mozambique, en la diócesis de Pemba, la Provincia ha organizado un equipo móvil de cuatro Hermanas. Van a partir durante cuatro meses a una zona de conflicto y de violencia, para atender a las personas desplazadas de la región de Cabo Delgado, en el norte del país. El desierto, un lugar de encuentro, y, para la Hija de la Caridad, el de la mano tendida, signo de un compromiso directo al servicio de nuestros hermanos y hermanas.

En fin, el desierto, un lugar de crecimiento que, más que nunca, nos vuelve a poner en marcha para buscar lo esencial con el fin de progresar en la fe y en humanidad para que crezca la ciudad de Dios y nuestra casa común. Es una invitación a amar más allá de las fronteras, más allá de nuestras fronteras comunitarias o provinciales, de nuestras lenguas y de nuestras culturas. Es una de las lecciones de esta pandemia: no podemos encerrarnos en nosotros mismos, dependemos los unos de los otros. ¿No

es a esto a los que nos invita el tema de las Asambleas: descentramos de nuestras preocupaciones, de nuestras certezas, para una apertura real más allá de nuestras fronteras de todo tipo? ¡Ephata!

Prueba, encuentro, crecimiento. Sabemos que es un camino a emprender que, progresivamente, nos hace pasar de las tinieblas a la luz, a veces con retrocesos. Dios bendice nuestras sendas hechas de obstáculos, de desilusiones, de duelos, de compartir, de solidaridad, de caridad y de amor. Dios está con nosotras para recorrerlas. Es nuestra fe, nuestra esperanza y, con este año nuevo, acojamos de nuevo esta bendición:

«El Señor te bendiga y te proteja, ilumine su rostro sobre ti y te conceda su favor. El Señor te muestre su rostro y te conceda la paz» (Núm 6, 24-26).

«*Te conceda la paz*» ¡La humanidad tiene tanta necesidad de ella! La encíclica del Papa Francisco *Fratelli tutti* llega en el momento oportuno para hacernos reflexionar sobre nuestra participación concreta en la construcción de un mundo mejor.

Afortunadamente, no tenemos poder sobre el mundo en su conjunto, pero tenemos nuestra parte que ofrecerle en nuestra vida real, cotidiana, ya sea en los lugares comunitarios, en los lugares de misión o en nuestra oración.

Nos alegramos con las Hermanas de Guatemala (Provincia de América Central) que han recibido la distinción de «la orden de Monseñor Gerardi», en reconocimiento por su presencia y su misión, especialmente por su ayuda a los más pobres cuyos derechos humanos son pisoteados.

Una expresión de la Encíclica, entre tantas otras, me ha interpelado especialmente. Ella confirma, me parece, lo que es lo esencial de nuestra vocación, el encuentro con Dios y el encuentro con nuestros hermanos y hermanas.

«*La vida subsiste donde hay vínculo, comunión, fraternidad; y es una vida más fuerte que la muerte cuando se construye sobre relaciones verdaderas y lazos de fidelidad. Por el contrario, no hay vida cuando pretendemos pertenecer sólo a nosotros mismos y vivir como islas: en estas actitudes prevalece la muerte*» (87).

Carta del 1 de enero de 2021

Estamos ante una elección: elegir la fraternidad y la comunión, y así pues la vida, o elegir el aislamiento, la cerrazón y esto será la muerte.

Al comenzar este año, hagamos la buena elección, entremos resueltamente en esta dinámica, de comunión en las Comunidades, las Provincias y toda la Compañía: *«La vida es más fuerte que la muerte cuando se construye sobre relaciones verdaderas y lazos de fidelidad».*

El año 2020 ha sido difícil, a veces doloroso, tanto para el mundo como para la Compañía, con el fallecimiento de Sor Kathleen. Tengamos un recuerdo para ella, por lo que ha sido para su familia, su Provincia Sainte Louise-USA y, por supuesto, para la Compañía. Podemos dar gracias, ella cumplió su misión hasta el final y, en la fe, lo sabemos, ahora está presente de otra manera.

Ella habría estado feliz de celebrar con nosotras, este 4 de enero, el 200° aniversario de la muerte de santa Isabel Ana Seton, una mujer americana de fe profunda y audaz. Ella fundó, según las reglas de las Hijas de la Caridad, la Congregación de las Hermanas de la Caridad de San José, en 1850 una parte se unió a nosotras. Santa Isabel Ana Seton puede animarnos hoy en un contexto de confinamiento, de conflictos entre países, de fracturas sociales en el interior mismo de los países: *«¿Qué es la distancia, qué es la separación, cuando nuestra alma sumergida en el océano del infinito ve todo en el seno de Dios? Allí, ya no hay Europa, ni América, nuestro Dios es nuestro todo»* (20 de mayo de 1815).

¿Qué deparará el año 2021? Desde hace meses, vivimos un periodo marcado por la incertidumbre y la imposibilidad de proyectarse en el futuro. Que esto no nos impida mantener el rumbo con confianza. Dios nos acompaña. Él va a ayudarnos a tomar decisiones, a proseguir proyectos, a volver sin duda a lo esencial simplificando nuestra manera de vivir y de servir.

Las Asambleas provinciales han terminado. Ustedes han efectuado a veces verdaderas proezas para vivir estos encuentros y, a este respecto, los miembros del Consejo general se unen a mí para darles las gracias. Que el Espíritu guíe ahora la preparación de la Asamblea general.

Tomemos cada vez más conciencia de cuánto necesita la Compañía la unidad en Cristo y una fraternidad sencilla para servir mejor y ser una presencia entre nuestros hermanos y hermanas, en especial aquellos

y aquellas que sufren por la pobreza creciente: «Franquear la puerta... ir hacia... encontrarse».

Finalmente, les agradezco sus numerosos correos de fin de año. Cada uno ilustra tanto la vida de la Compañía en lo que tiene de bello, verdadero y sencillo. Todas ustedes expresan con entusiasmo sus compromisos con respecto a aquellos y a aquellas que las rodean y a quienes sostienen con gestos, acciones, la oración y el testimonio comunitario.

De todo corazón, sólo me queda desearles un feliz y santo año. Que la paz habite el corazón de cada una, que sepamos acoger al Salvador y seguirle cada día. Para ello, miremos a María, que nos enseña a permanecer centradas en Jesús, a permanecer profundamente atentas a la Palabra y al mundo: ella «*guardaba todas estas cosas meditándolas en su corazón*» (Lc 2, 19), y escuchemos a san Vicente decirnos: «*Manteneos siempre dispuestas a hacer todo lo que él quiera que hagáis*» (9 de junio de 1658, Coste IX/2, 1055).

Con afecto y la seguridad de mi oración,

Sor Françoise PETIT
Hija de la Caridad

*“Tanto amó Dios al mundo,
que entregó a su Unigénito,
para que todo el que cree en él no perezca,
sino que tenga vida eterna” (Jn 3, 16).*

I. DIOS AMA A ESTE MUNDO, SU MIRADA ES BENEVOLENTE

Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Unigénito. Este versículo es quizás el más conocido de toda la Biblia. Esta frase-clave sirve de introducción a una especie de meditación que viene justo después de la conversación, en la noche, del fariseo Nicodemo con Jesús.

¡Dios no nos ha dado a un hijo entre tantos otros, sino a su Hijo único! Así pues, Él no nos daba solamente a un hijo, sino todo lo que poseía. El evangelio de Juan en el primer capítulo nos habla de este Hijo, Jesús, y nos dice que es la Palabra de Dios hecha carne y que ha venido a estar entre nosotros: «En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios» (Jn1,1).

Dios se interesa por las cosas de este mundo. Dios ama el mundo que Él ha creado y que Él crea, de día en día, de siglo en siglo. Dios no ha abandonado al mundo a su condición, a la muerte, sino que Él lo ha amado. El Dios creador es también el que ama a la humanidad. El Dios de la Biblia se caracteriza por su amor hacia su creación, hacia los seres

humanos que somos nosotros. Es en este mundo en que estamos, luminoso y tenebroso a la vez, en el que Dios manifiesta su amor, por la venida de su Hijo.

Dios dirige su mirada amorosa hacia la historia y hacia el mundo, y esto, a pesar de las guerras, el mal, la violencia, el sufrimiento... que atraviesan nuestras propias vidas. Porque la luz terminará prevaleciendo tarde o temprano sobre las tinieblas. Porque la vida es más fuerte que la muerte. Y quien hace posible esta mirada, es precisamente Jesucristo, que es el Salvador entregado por el Padre en su gran compasión. No tengamos miedo a dejarnos mirar por Jesús. Acojamos, de nuevo, estas palabras de la carta del Padre Tomaž para el tiempo de Adviento:

— *Los ojos de Jesús nos miran directamente y nos desafían.*

— *Son los ojos de Dios que nos ve en nuestro ser más secreto y nos ama con su misericordia divina.*

— *Los ojos expresan el deseo de escrutar el corazón de cada persona y de comprenderla.*

— *Esta experiencia de cara a cara nos conduce al corazón del gran misterio de la Encarnación.*

— *Cuando contemplamos los ojos de Jesús, sabemos que contemplamos los ojos de Dios.*

— *A través de las ruinas del mundo, vemos el rostro de Jesús, que no puede ser destruido jamás.*

— *Los ojos de Jesús penetran la interioridad de Dios, igual que penetran el corazón de cada persona humana, el corazón de cada uno de nosotros.*

— *Ver a Jesús nos conduce al corazón de Dios y al corazón de cada ser humano.*

Jesús nos llama a ensanchar nuestra mirada, a ver con esperanza. Dios, en efecto, no ha enviado a su Hijo al mundo para que juzgue al mundo, sino para que el mundo sea salvado por Él.

Para hablarnos de su amor, Dios se ha servido de experiencias de amor que la humanidad ha vivido en su medio natural. Todos los amores humanos (conyugal, paterno, materno, de amistad, comunitario...) son las páginas de un cuaderno o las chispas de un fuego que encuentran en Dios su origen y su plenitud.

Retiro espiritual de fin de año

En la Biblia, Dios nos habla ante todo de su amor a través de la imagen del amor paterno. El amor paterno está hecho de estímulo, de impulso, de aliento. El padre quiere hacer crecer a su hijo empujándole a dar lo mejor de sí mismo. Haciendo esto, un padre difícilmente alabará a su hijo de manera incondicional, en su presencia, por miedo a que crea haber llegado a la meta y ya no se esfuerce. La corrección es también una característica del amor paterno.

Pero un verdadero padre es asimismo el que da la libertad y la seguridad a su hijo, que se siente protegido en la vida. Por esta razón Dios se presenta al hombre, a lo largo de la revelación, como «su roca y su muralla», «fortaleza siempre cercana en la angustia».

En otras ocasiones, Dios nos habla con la imagen del amor materno. Él dice: «¿Puede una madre olvidar al niño que amamanta, no tener compasión del hijo de sus entrañas? Pues, aunque ella se olvidara, yo no te olvidaré» (Is 49, 15). El amor de la madre está hecho de acogida, de compasión y de ternura; es un amor «visceral».

El hombre conoce por experiencia otro tipo de amor, el amor esponsal, del que se dice que es «fuerte como la Muerte» y cuyos rasgos «son dardos de fuego» (cf. Cant 8, 6). Dios también ha recurrido a este tipo de amor para convencernos de su amor apasionado por nosotros. Todos los términos típicos del amor entre un hombre y una mujer, incluyendo el término «seducción», son utilizados en la Biblia para describir el amor de Dios por el hombre.

En Jesús, se revelan todas estas formas de amor, paterno, materno, esponsal. En algunos pasajes del Evangelio, Él se refiere al Esposo que viene a nuestro encuentro. Y en san Juan, Él nos dice: «Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; a vosotros os llamo amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer» (Jn 15, 15).

En este día de retiro, Jesús nos repite que somos sus amigos. Todo lo que Él sabía de su Padre celestial, nos lo ha dado a conocer. Nos lo ha confiado. Ha compartido con nosotros secretos de familia, de la familia de la Trinidad. Sí, tanto amó Dios al mundo que entregó a su Unigénito. ¿Qué debemos hacer ante tal misterio? Una cosa muy sencilla: creer en el amor de Dios, acogerlo. Embargados por tal amor, retomemos estas palabras de

san Juan: «Y nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él. Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él» (1 Jn 4, 16).

Este don de Dios, el don de su Hijo, nosotros solamente podemos recibirlo. Por eso la fe es el único medio puesto a nuestra disposición. Sólo la fe nos permite mantenernos en una actitud de acogida. Un don no es efectivo más que si es recibido por aquel a quien está destinado. Cuando nos dan un presente, solamente es verdaderamente un presente para nosotros a partir del momento en el que lo aceptamos. Entramos entonces en un proceso de intercambio: uno da, el otro recibe. El amor de Dios por el mundo procede de un don, el don de su Hijo que Dios hizo a la humanidad y que nosotros estamos invitados a recibir. En la sencillez de nuestra acogida Dios realiza su obra en cada uno de nosotros, con ternura y misericordia. Dios está actuando en este tiempo y en nuestro mundo.

II. SANTA LUISA Y EL MISTERIO DEL DIOS HECHO HOMBRE

Luisa de Marillac, fuertemente alimentada de teología, hizo suyo el pensamiento del fundador del Oratorio, el cardenal Pedro de Berulle. Poco a poco, su espiritualidad se estructura en torno al eje central del cristianismo: la segunda persona de la Trinidad se hace hombre y toma carne humana en Jesucristo.

El designio de Dios ocupa un lugar importante en la reflexión espiritual y teológica de Luisa. Sus numerosas lecturas, ya sea la de la Biblia o la de los autores espirituales, sus largas meditaciones le han hecho entrever el esplendor de este designio divino y descubrir el amor inconmensurable del Dios Trinidad por el hombre. Sus cartas, sus notas durante los Ejercicios muestran cuánto desea que este designio de Dios oriente toda su vida, y se convierta en la línea de actuación de la Compañía de las Hijas de la Caridad.

La excelencia del designio de Dios guía el pensamiento de Luisa a lo largo de sus Ejercicios Espirituales de 1657. Desde la primera oración, constata que Dios desea hacer participar a la humanidad en toda la riqueza de su divinidad. Si el hombre, por sí mismo, no puede llegar a ser Dios, Dios puede hacerse hombre.

Retiro espiritual de fin de año

Al contemplar este misterio de la Encarnación, ella se detiene en la promesa que Dios hizo después del pecado de Adán, sobre la elección de la Virgen María para ser la Madre del Hijo de Dios, y sobre la misión redentora del Verbo Encarnado.

A Luisa le gusta contemplar a la Trinidad reunida en consejo, buscando re-crear al hombre y expresándole todo su amor, decidiendo juntos la Encarnación del Verbo:

*«Tan pronto como la naturaleza humana hubo pecado, el creador en el Consejo de su Divinidad, quiso reparar esta falta y para ello, con un supremo y purísimo amor, decidió que una de las tres Personas se encarnase, con lo que aparece, aún en la Divinidad, una profunda humildad».*¹

Ella se maravilla ante este amor divino. Le parece que Dios responde a los deseos profundos del hombre: conocer a este Dios que lo ha creado y que le parecía tan lejano:

*«¡Oh admirable amor! ¡oh secreto escondido! ¿Qué habías querido hacer, Dios mío, con la creación del hombre? Porque no ignorabas su flaqueza. Pero era necesario que fuera así para darnos a comprender, oh Maestro nuestro, los efectos de tu inmenso Amor. ¿No será también que tu admirable Encarnación era el establecimiento de la gracia de que las almas tienen necesidad para alcanzar su fin? Porque... el alma, ... no podía verse tan estrechamente unida a su objeto que es Dios, inaccesible a todo ser; sino por ese medio tan admirable que hacía a Dios hombre y al hombre Dios».*²

La promesa de la Encarnación de la segunda persona de la Trinidad se inscribe en el plan de amor de Dios sobre el hombre. Para Luisa, la Encarnación revela la profunda humildad de Dios. Para hacerse hombre entre los hombres, Dios, en el consejo de la Trinidad, recurre a una mujer y no duda en asociarla de una manera muy particular a su divinidad. Luisa está totalmente deslumbrada por ello:

*«Por eso, quiero durante toda mi vida y en la eternidad, amarla y honrarla tanto como pueda en agradecimiento a la Santísima Trinidad por la elección que hizo de ella para estar tan estrechamente unida a su Divinidad, y quiero honrar a las tres Divinas Personas distinta y conjuntamente en la Unidad de la esencia divina».*³

Luisa se complace en subrayar la relación muy íntima de la Virgen María con la Santísima Trinidad. Ella se maravilla de la participación de la Virgen María en todos los misterios de su Hijo, no solamente en su nacimiento, sino también en su Pasión, y en ese gran misterio de la Eucaristía: la sangre de Cristo, es la sangre de María. Luisa sitúa a María en el centro del designio de amor de Dios sobre la humanidad. Toda la espiritualidad mariana se deriva de ello. En octubre de 1644, Luisa se dirige en peregrinación a Chartres para confiar a la Virgen María la Compañía de las Hijas de la Caridad y pedirle que sea la guardiana de la vocación recibida de Dios.

Entrar plenamente en la obra de Salvación de la humanidad que Cristo vino a realizar por su Encarnación Redentora, tal es la vocación de la Compañía de las Hijas de la Caridad. Luisa guía a las siervas de los pobres por el camino de la fidelidad al carisma recibido de Dios. Para realizar el designio de Dios, la Hija de la Caridad está llamada a reflejar la verdadera imagen del Dios de Amor, la de su Hijo, hecho hombre entre los hombres. Está invitada a seguir el mismo camino que el Señor Jesús, a proclamar la dignidad del hombre revelado en Jesucristo, a vivir en el amor a ejemplo del que *«nos amó y se entregó por nosotros»* (Ef 5, 2).

En este día de retiro de fin de año, no dudemos en contemplar este amor de Jesús que se nos da en el sacramento de la Eucaristía. Retengo estas palabras de ánimo de Sor Françoise, en su carta del 27 de noviembre:

«¡Venid al pie del altar! ¿No es una doble invitación la que se nos dirige? Por supuesto, se trata de volver sin cesar, y sin cansarnos, al sagrario para encontrarnos con Aquel que es la fuente de la vida y de la caridad. Tal es nuestra fe. Es la primera invitación, fundamental para nuestra vocación.

La segunda invitación, semejante a la primera, es la de ir a encontrarse con Cristo en nuestros hermanos y hermanas. Catalina pasó del altar al servicio de los más pobres. «Ella respiraba la caridad, el amor de Dios» se decía de ella. ¡Catalina, una mujer silenciosa pero tan comprometida! Hoy, María nos atrae hacia su Hijo, hacia la Escritura y nos invita a ofrecer nuestra vida, ofrenda que nos hace semejantes a Cristo, que nos implica en el servicio de nuestros hermanos y de nuestras hermanas. María nos indica el camino para unificar nuestra vida».

**III. UNA CATEQUESIS DEL PAPA FRANCISCO:
«CURAR EL MUNDO»:
AMOR Y BIEN COMÚN⁴**

La respuesta cristiana a la pandemia y a las consecuentes crisis socio-económicas se basa en el amor, ante todo el amor de Dios que siempre nos precede. Él nos ama primero, Él siempre nos precede en el amor y en las soluciones. Él nos ama incondicionalmente, y cuando acogemos este amor divino, entonces podemos responder de forma parecida.

Amo no sólo a quien me ama: mi familia, mis amigos, mi grupo, sino también a los que no me aman, amo también a los que no me conocen, amo también a lo que son extranjeros, y también a los que me hacen sufrir o que considero enemigos. Esta es la sabiduría cristiana, esta es la actitud de Jesús. Y el punto más alto de la santidad, digamos así, es amar a los enemigos, y no es fácil. Cierto, amar a todos, incluidos los enemigos, es difícil —¡diría que es un arte!—. Pero es un arte que se puede aprender y mejorar.

El amor verdadero, que nos hace fecundos y libres, es siempre expansivo e inclusivo. Este amor cura, sana y hace bien. Muchas veces hace más bien una caricia que muchos argumentos, una caricia de perdón y no tantos argumentos para defenderse. Es el amor inclusivo que sana.

El amor no se limita a las relaciones entre dos o tres personas, o a los amigos, o a la familia, va más allá. Incluye las relaciones cívicas y políticas, incluso la relación con la naturaleza. Como somos seres sociales y políticos, una de las más altas expresiones de amor es precisamente la social y política, decisiva para el desarrollo humano y para afrontar todo tipo de crisis.

Sabemos que el amor fructifica en las familias y las amistades; pero está bien recordar que fructifica también las relaciones sociales, culturales, económicas y políticas, permitiéndonos construir una “civilización del amor”, como le gustaba decir a san Pablo VI y, siguiendo su huella, a san Juan Pablo II.

Debemos dialogar, debemos construir esta civilización del amor, esta civilización política, social, de la unidad de toda la humanidad. Todo esto es lo opuesto a las guerras, divisiones, envidias, también de las guerras

en familia. El amor inclusivo es social, es familiar, es político: ¡el amor lo impregna todo!

El coronavirus nos muestra que el verdadero bien para cada uno es un bien común y, viceversa, el bien común es un verdadero bien para la persona. Si una persona busca solamente el propio bien es un egoísta. Sin embargo, la persona es más persona, precisamente cuando el propio bien lo abre a todos, lo comparte. La salud, además de individual, es también un bien público. Una sociedad sana es la que cuida de la salud de todos.

El verdadero amor no conoce la cultura del descarte, no sabe qué es. De hecho, cuando amamos y generamos creatividad, cuando generamos confianza y solidaridad, es ahí donde emergen iniciativas concretas por el bien común. Y esto vale tanto a nivel de las pequeñas y grandes comunidades, como a nivel internacional.

Lo que se hace en familia, lo que se hace en el barrio, lo que se hace en el pueblo, lo que se hace en la gran ciudad e internacionalmente es lo mismo: es la misma semilla que crece y da fruto.

Al contrario, si las soluciones a la pandemia llevan la huella del egoísmo, ya sea de personas, empresas o naciones, quizá podamos salir del coronavirus, pero ciertamente no de la crisis humana y social que el virus ha resaltado y acentuado. Por tanto, ¡estad atentos con construir sobre la arena!

Para construir una sociedad sana, inclusiva, justa y pacífica, debemos hacerlo sobre la roca del bien común. El bien común es una roca. Y esto es tarea de todos nosotros, no solo de algún especialista. Santo Tomás de Aquino decía que la promoción del bien común es un deber de justicia que recae sobre cada ciudadano. Cada ciudadano es responsable del bien común. Y para los cristianos es también una misión. Como enseña san Ignacio de Loyola, orientar nuestros esfuerzos cotidianos hacia el bien común es una forma de recibir y difundir la gloria de Dios.

Así en nuestros gestos, también en los más humildes, se hará visible algo de la imagen de Dios que llevamos en nosotros, porque Dios es Trinidad, Dios es amor. Esta es la definición más bonita de Dios en la Biblia. Nos la da el apóstol Juan, que amaba mucho a Jesús: Dios es amor. Con su ayuda, podemos sanar al mundo trabajando todos juntos por el bien común, no solo por el propio bien, sino por el bien común, de todos.

Retiro espiritual de fin de año

Para concluir, he elegido una de las bellas oraciones del cardenal John Henry Newman (1801-1890):

Oh, Jesús, ayúdame a esparcir Tu fragancia donde quiera que vaya. Inunda mi alma con tu Espíritu y tu Vida. Penetra en todo mi ser y toma posesión de tal manera, que mi vida no sea en adelante sino una irradiación de la tuya. Ilumina sirviéndote de mí y toma posesión de mí de tal manera que toda persona que tenga contacto conmigo pueda sentir tu presencia en mí.

Que, al mirarme, no me vean a mí, sino a ti en mí. Quédate conmigo. Así resplandeceré con tu esplendor y podrá servir de luz para los otros. Pero esta luz tendrá su origen únicamente en ti, Jesús, ni uno solo de sus rayos será mío. Serás Tú quien ilumine a los otros sirviéndote de mí.

Sugiere-me la alabanza que te sea más agradable, iluminando a los que me rodean. Que no predique con palabras sino con el ejemplo, con el impulso de mis acciones, con el resplandor visible del amor que mi corazón recibe de Ti. Amén.

Padre Bernard SCHOEPFER, CM
Director general

Notas

¹ E. 10 – Pensamientos durante los Ejercicios – 1628, p. 677

² E. 85 – Sobre el misterio de la Encarnación, p. 790

³ E. 106 – Pensamientos sobre la Inmaculada Concepción de la Virgen María, p. 824

⁴ Audiencia del miércoles 9 de septiembre de 2020

*Entregadas a Dios, en comunidad,
para el servicio de los Pobres*

La Comunidad fraterna para la misión

I - EL MANDAMIENTO NUEVO

«En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os amáis unos a otros» (Jn 13, 35). A través del mandamiento nuevo que confía a sus discípulos, Jesús nos presenta el mandamiento que es el alma de toda la Ley, que Él había explicado con detenimiento a lo largo de su vida pública: esta única orden imperativa que Jesús da a sus apóstoles, este mandato ineludible que Él entrega a sus amigos la última noche, después del lavatorio de los pies, recapitula así toda la Ley antigua.

Jesús no nos dice: «Amad a los otros». Él no nos dice solamente: «Amaos unos a otros». Él nos dice: «Amaos unos a otros como yo os he amado» (Jn 13, 34). Esta novedad se manifiesta así en lo que Jesús nos dice: «Sin mí —fuera de mí— no podéis hacer nada» (Jn 15, 5) —tú amarás al mismo Dios, Dios en tu prójimo, tu prójimo, no solamente en ti mismo— con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas (Dt 6, 5) — pero, con mi gracia también, conmigo mismo. Como yo he amado a mi Padre entre vosotros y como yo os he amado, como yo os he mostrado el ejemplo: tú ya no amarás solo, sino conmigo, ya no lo harás tú solo, sino con mi ayuda.

El mandamiento que Jesús nos deja es único: por lo tanto, él solo debe irrigar, habitar, informar —es decir, animar, formar desde el interior— toda nuestra vida. Así, podemos y debemos declinarlo en todas las acciones y actitudes de nuestra existencia. «Amaos unos a otros como yo os he amado»; esto quiere decir, entre otras cosas: «Escuchaos unos a otros,

La Comunidad fraterna para la misión

como yo os he escuchado», «Miraos unos a otros, como yo os he mirado», «Hablaos unos a otros, como yo os he hablado», «Sed pacientes los unos con los otros, como yo he sido paciente con vosotros», «Perdonaos unos a otros, como yo os he perdonado», «Dad vuestra vida los unos por los otros, como yo he dado mi vida por vosotros...».

II - LA ESPIRITUALIDAD DE COMUNIÓN

Al concluir el Gran Jubileo del año 2000, Juan Pablo II nos animaba en una carta apostólica, *Novo Millennio Ineunte*, a vivir la espiritualidad de comunión. Comparto con ustedes el n° 43 de esta carta:

Hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión: éste es el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza, si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas del mundo. ¿Qué significa todo esto en concreto? También aquí la reflexión podría hacerse enseguida operativa, pero sería equivocado dejarse llevar por este primer impulso.

Antes de programar iniciativas concretas, hace falta promover una espiritualidad de la comunión, proponiéndola como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano, donde se educan los ministros del altar, las personas consagradas y los agentes pastorales, donde se construyen las familias y las comunidades.

Espiritualidad de la comunión significa ante todo una mirada del corazón sobre todo hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros, y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado. Espiritualidad de la comunión significa, además, capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico y, por tanto, como «uno que me pertenece», para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad.

Espiritualidad de la comunión es también capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios: un «don para mí», además de ser un don para el hermano que lo ha recibido directamente. En fin, espiritualidad de la comunión es saber «dar espacio» al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros (cf. Ga 6,2)

y rechazando las tentaciones egoístas que continuamente nos acechan y engendran competitividad, ganas de hacer carrera, desconfianza y envidias. No nos hagamos ilusiones: sin este camino espiritual, de poco servirían los instrumentos externos de la comunión. Se convertirían en medios sin alma, máscaras de comunión más que sus modos de expresión y crecimiento.

III - LA COMUNIDAD LOCAL A LA LUZ DE LAS CONSTITUCIONES

Releamos estos dos artículos de las Constituciones

C. 9: Los Fundadores vieron en la vida fraterna uno de los apoyos esenciales de la vocación de las Hijas de la Caridad. Esta vida común y fraterna se vive en la Comunidad local, donde las Hermanas se acogen con fe y sencillez de corazón. Con alegría, dan testimonio de Jesucristo y rehacen continuamente sus fuerzas con miras a la misión.

C. 32: *La Comunidad local quiere reproducir la imagen de la Santísima Trinidad, según la expresión de los Fundadores que deseaban que las Hermanas fueran como un solo corazón y obraran con un mismo espíritu.*

Tal Comunidad se construye día tras día por medio del don de sí y el compromiso de cada una. Es un lugar donde se vive el afecto que favorece el crecimiento humano y espiritual, así como la creatividad apostólica. Las Hermanas unidas por la convicción de una misma llamada, se acogen mutuamente con estima, respeto y confianza. Esta visión de fe dispone el corazón para una amistad verdadera, para una aceptación de las diversidades, que, lejos de separar, aportan un enriquecimiento mutuo.

Con sencillez y humildad, las Hermanas se ayudan a avanzar juntas en su caminar hacia el Señor. Su voluntad de conversión se expresa a través de las revisiones comunitarias regulares, la caridad espiritual y la corrección fraterna vividas en un clima de verdad y de caridad.

La reconciliación y el perdón mutuo, tan recomendados por los Fundadores, permiten superar lo que haya podido servir de obstáculo a la unidad y al testimonio evangélico.

La Comunidad viene a ser así una comunión en la que cada una da y recibe, poniendo al servicio de todas cuanto es y cuanto tiene.

IV - LA “MÍSTICA” DE VIVIR JUNTOS

Al concluir el Año de la Fe, el 24 de noviembre de 2013, Solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo, el Papa Francisco nos ofrecía su primera exhortación apostólica: *Evangelii Gaudium*. Recojo este extracto del n° 87:

Hoy, que las redes y los instrumentos de la comunicación humana han alcanzado desarrollos inauditos, sentimos el desafío de descubrir y transmitir la mística de vivir juntos, de mezclarnos, de encontrarnos, de tomarnos de los brazos, de apoyarnos, de participar de esa marea algo caótica que puede convertirse en una verdadera experiencia de fraternidad, en una caravana solidaria, en una santa peregrinación.

De este modo, las mayores posibilidades de comunicación se traducirán en más posibilidades de encuentro y de solidaridad entre todos. Si pudiéramos seguir ese camino, ¡sería algo tan bueno, tan sanador, tan liberador, tan esperanzador! Salir de sí mismo para unirse a otros hace bien. Encerrarse en sí mismo es probar el amargo veneno de la inmanencia, y la humanidad saldrá perdiendo con cada opción egoísta que hagamos.

V - CARACTERÍSTICAS DE LA SANTIDAD EN EL MUNDO ACTUAL

Retomemos algunos elementos de la tercera exhortación apostólica: *Gaudete et Exsultate*, del 19 de marzo de 2018, (nos 140 a 145):

En comunidad:

— *Es muy difícil luchar contra la propia concupiscencia y contra las asechanzas y tentaciones del demonio y del mundo egoísta si estamos aislados. Es tal el bombardeo que nos seduce que, si estamos demasiado solos, fácilmente perdemos el sentido de la realidad, la claridad interior, y sucumbimos.*

— *La santidad es un camino comunitario, de dos en dos.*

— *La comunidad está llamada a crear ese «espacio teologal en el que se puede experimentar la presencia mística del Señor resucitado». Compartir la Palabra y celebrar juntos la Eucaristía nos hace más hermanos y nos va convirtiendo en comunidad santa y misionera. Esto da lugar*

también a verdaderas experiencias místicas vividas en comunidad, como fue el caso de san Benito y santa Escolástica, o aquel sublime encuentro espiritual que vivieron juntos san Agustín y su madre santa Mónica.

Sor Elisabeth Charpy dice que «Vicente de Paúl y Luisa de Marillac enriquecieron la Iglesia con sus fundaciones para el servicio y la Evangelización de los pobres, sobre todo iluminaron el mundo con su testimonio de vida sencilla, humilde y llena de amor».

— *Pero estas experiencias no son lo más frecuente, ni lo más importante. La vida comunitaria, sea en la familia, en la parroquia, en la comunidad religiosa o en cualquier otra, está hecha de muchos pequeños detalles cotidianos. Esto ocurría en la comunidad santa que formaron Jesús, María y José, donde se reflejó de manera paradigmática la belleza de la comunión trinitaria. También es lo que sucedía en la vida comunitaria que Jesús llevó con sus discípulos y con el pueblo sencillo.*

— *Recordemos cómo Jesús invitaba a sus discípulos a prestar atención a los detalles.*

El pequeño detalle de que se estaba acabando el vino en una fiesta.

El pequeño detalle de que faltaba una oveja.

El pequeño detalle de la viuda que ofreció sus dos moneditas.

El pequeño detalle de tener aceite de repuesto para las lámparas por si el novio se demora.

El pequeño detalle de pedir a sus discípulos que vieran cuántos panes tenían.

El pequeño detalle de tener un fueguito preparado y un pescado en la parrilla mientras esperaba a los discípulos de madrugada

— *La comunidad que preserva los pequeños detalles del amor, donde los miembros se cuidan unos a otros y constituyen un espacio abierto y evangelizador, es lugar de la presencia del Resucitado que la va santificando según el proyecto del Padre.*

VI - NUESTROS COMPROMISOS

De la reflexión de la Asamblea provincial de la Cuasi-Provincia sobre el tercer desafío de la mística de vivir juntos, retengo de forma especial dos puntos:

La Comunidad fraterna para la misión

— En un contexto intercultural, hacer más profundo el espíritu de comunión para construir comunidades auténticas, humanas y humanizadoras que ven en las Hermanas el rostro de Cristo.

— Profundizar la dimensión espiritual del vivir juntos y estar abiertas a la interculturalidad valorando la estima y el respeto de cada Hermana y acogéndola en su alteridad y su riqueza.

VII - LA APERTURA CRECIENTE DEL AMOR

Para concluir, cito el número 95 de la tercera Carta encíclica del Papa Francisco: *Fratelli Tutti* (3 de octubre de 2020).

El amor nos pone finalmente en tensión hacia la comunión universal. Nadie madura ni alcanza su plenitud aislándose. Por su propia dinámica, el amor reclama una creciente apertura, mayor capacidad de acoger a otros, en una aventura nunca acabada que integra todas las periferias hacia un pleno sentido de pertenencia mutua. Jesús nos decía: «Todos ustedes son hermanos» (Mt 23,8).

Oremos con santa Luisa:

Vivir tanto como tú quieras,
pero de tu vida que es toda de Amor.
¿Por qué no podré, ya desde este mundo derramarme
en el océano de tu Ser divino?
Ya no más vida que para seguir este camino;
no más satisfacciones que la de amar
y querer tu divino beneplácito.
Salvador mío, concédeme esta gracia
por el amor que tienes a la Santísima Virgen.
(*Amor que me hace vivir*: santa Luisa, E.98)

Padre Bernard SCHOEPFER, CM
Director general

Carta del 25 de enero de 2021

A todas las Hijas de la Caridad

Muy queridas Hermanas,

¡La gracia y la paz de Jesús estén siempre con nosotros!

En mi carta del 26 de abril de 2019, convoqué la X Asamblea general de la Compañía de las Hijas de la Caridad del 14 de mayo al 6 de junio de 2021. Desde entonces, la pandemia de COVID-19 ha perturbado el mundo y todas las previsiones.

Sé que ustedes han realizado inmensos esfuerzos para celebrar sus Asambleas provinciales, a veces en condiciones muy difíciles.

El carácter importante de la Asamblea general requiere la participación presencial de sus miembros. Teniendo en cuenta la situación sanitaria actual, parece imposible que todas las Visitadoras y delegadas puedan viajar a París en las fechas previstas.

En su sesión de Consejo de este 20 de enero, después de haber consultado a las Visitadoras, el Consejo general de la Compañía ha estudiado otras posibilidades de fechas y me las ha propuesto. De acuerdo con la C. 87b, yo convoco la X Asamblea general de la Compañía de las Hijas de la Caridad, en París, en el 140 rue du Bac, del 29 de octubre al 21 de noviembre de 2021. Estará precedida por unos Ejercicios Espirituales del 19 al 27 de octubre de 2021. Esperamos que se puedan mantener estas nuevas fechas.

Que por la intercesión de San Vicente de Paúl, el Señor nos obtenga las gracias que necesitamos para continuar con valentía y audacia nuestro servicio a los pobres. Que María, única Madre de la Compañía, nos acompañe y nos sostenga. Cuenten con mi oración.

Su hermano en san Vicente,

Padre Tomaž MAVRIČ, CM
Superior general

25

N.º 1 - Enero - Febrero 2021

Carta del 2 de febrero de 2021

Queridas Hermanas,

¡La gracia de Nuestro Señor Jesucristo esté con nosotras!

Este 2 de febrero, he tenido la alegría de encontrarme con el Padre Tomaž Mavrič para transmitirle sus peticiones de Renovación y presentarle también la mía. He sentido emoción, pero sobre todo un fuerte sentimiento de acción de gracias al darme cuenta del inmenso impulso que representa para la Compañía la petición de Renovación de cada Hija de la Caridad, efectuada con tanta fe y verdad. Hemos compartido sobre los acontecimientos vividos en la Compañía durante todo este año y especialmente sobre nuestra pena por el fallecimiento de Sor Kathleen. También hemos evocado la convulsión planetaria debida a la pandemia de COVID que ha causado la muerte de más de dos millones de personas, entre ellas un gran número de Hijas de la Caridad.

De las 698 Hermanas fallecidas en 2020, 169 lo han sido a causa de la pandemia.

La pobreza generada por esta epidemia nos ha llevado a hablar de la atención, la creatividad y la valentía que ustedes han demostrado durante todos estos meses para sostener a las personas que sufren.

El Padre Tomaž nos concede el permiso de renovar los votos el 25 de marzo de 2021 y nos promete su oración y su apoyo. Hemos concluido nuestro intercambio expresando nuestra esperanza y nuestra fe en un Dios vivo que sólo busca encontrarnos si le abrimos nuestro corazón. La Renovación es el momento oportuno para volver a tomar conciencia de ello.

En efecto, renovar nuestro don total a Dios en la Compañía permite, en un proceso ante todo de fe, profundizar, releer, personalmente y en

diálogo común, el camino recorrido durante el año, tanto las resistencias como los avances, y sobre todo relanzarse hacia el futuro.

A través de esta experiencia personal, vemos que, progresivamente, año tras año, la alegría prometida a aquellos y a aquellas que se entregan, se hace realidad. Reconozcamos humildemente que esta alegría es el resultado de la obra de Dios y que el paso del tiempo es indispensable. Paciencia y confianza son dos condiciones necesarias para perseverar, a imagen de Simeón y Ana, que esperaron con fe y esperanza el encuentro con el Señor.

Percibimos esta misma paz en los rostros de aquellas que ya han franqueado la barrera de los 60, 70 y más años de vocación. Más allá de los momentos difíciles vividos y los actuales, a causa de la salud o simplemente por el envejecimiento, las sonrisas dan testimonio de que el Señor ha ayudado a superar los obstáculos inevitables de la vida. Surge entonces la acción de gracias por el don de la fidelidad y la alegría de haber perseverado. Sus cartas lo expresan muy bien con ocasión de los aniversarios de vocación.

«*Respuesta de amor a una llamada del Amor*» (C. 29b). Esta expresión de las Constituciones para definir la castidad puede aplicarse a los otros votos. En efecto, son dones de Dios que hay que acoger y hacer fructificar. Están ahí para hacernos amar, más y mejor, para ayudarnos a ser discípulas de Jesús, Aquel a quien hemos elegido seguir, casto, pobre, obediente... y Siervo.

Así pues, se trata de una tierra que hay que cultivar, mantener, limpiar de todo lo que es inútil, o incluso a veces nocivo, para crecer en nuestra vida de entrega. Dios ha sembrado en nosotras la semilla de la vocación y el don de la fidelidad a nuestros votos. «*Lo que cayó en tierra buena, son aquellos que han escuchado la palabra con un corazón bueno y generoso, que la guardan y dan fruto por su perseverancia*» (Lc 8, 15).

¿Qué hacemos nosotras para cuidar nuestra tierra, para que esta semilla crezca, florezca y llegue a ser aquello a lo que está llamada su existencia: ayudarnos a vivir el encuentro, con Dios, con las personas cercanas o lejanas, en la comunión?

¿Cómo nos ayudan los votos a vivir el encuentro? ¿Cómo están los votos al servicio de la caridad? Es una sola y única cuestión.

ACOGER LA CASTIDAD PARA ENSANCHAR NUESTRO CORAZÓN

«Acogen la castidad como don que libera el corazón y lo ensancha a las dimensiones del Corazón de Jesucristo, para una entrega incondicional y una total disponibilidad al servicio de los pobres» (C. 29a).

Hemos recibido la llamada a dejar todo: «Ven, sígueme» (Mt 19, 21). ¿Qué querría decir «todo» sin vivir el voto de castidad?

Somos ante todo seres de relación. Dios nos ha querido así: relación con Dios, relación con nosotras mismas y relación con los demás. Vivir todas estas relaciones de una manera casta, lejos de ser una obligación, es una extraordinaria apertura a la vida relacional.

En nuestra relación con Dios: Dios acoge nuestras peticiones, pero desea también de nosotras una presencia amorosa, que no espera nada a cambio. ¡Esto es a la vez sencillo y difícil! Sencillo porque basta con estar ahí, con dejarse mirar por Cristo, experiencia dichosa que alimenta nuestra relación con Dios. También difícil porque a menudo estamos dispersas, saturadas con nuestras preocupaciones, con nuestras penas y con nuestras peticiones. Entonces el riesgo es querer exigir a Dios y, de alguna manera, querer poseerlo.

Una relación casta con una misma, es acoger sencillamente tanto los propios dones como las limitaciones, aceptar frustraciones de todo tipo porque no todo es posible. La castidad nos introduce en un camino de humildad puesto que nos lleva sin cesar a lo que somos verdaderamente, a abandonar la imagen idealizada que podemos tener de nosotras mismas para considerar al otro, a los otros, sin exclusividad, como las personas más importantes.

Y finalmente, la castidad para abrirse aún más y en especial a los más pobres. Hay signos para reconocer una relación casta en el servicio: por ejemplo, sentimientos y actitudes que no acaparan y que no imponen lo que parece bueno para el otro, la capacidad de retirarse cuando llega el momento, una disponibilidad a prueba de todo que nos hace capaces de dejar tal misión por una nueva llamada.

La castidad libera espacio en el corazón para que Dios y los otros puedan ocupar un lugar. Entonces el verdadero encuentro se hace posible y puede engendrar la vida en una acogida mutua.

Escuchemos a san Vicente, por supuesto con las palabras de su época, pero creamos que él invita a una cierta radicalidad evangélica para amar mejor: «Desterremos de nuestro espíritu toda preocupación por nuestros parientes, por el sitio en que hemos nacido, la preferencia por una hermana en lugar de otra, el deseo de estar en tal parroquia, el afecto a esa dama. ¡Salvador mío! Desterremos todo esto de nosotros y hasta el cuidado de nuestras propias personas para no pensar en otra cosa más que en prepararnos para la venida del Esposo» (25 de noviembre de 1658, SVP IX/2, 1144).

Pidamos al Señor que nos ayude a acoger la castidad para ensanchar nuestro corazón.

ELEGIR LA POBREZA PARA COMPARTIR MEJOR

«Con el deseo de compartir la vida de los pobres, se esfuerzan por convertirse todos los días a la pobreza evangélica, tal y como la vivieron los Fundadores» (C. 30b).

Nuestros Fundadores nos proponen vivir esta pobreza evangélica como las primeras comunidades cristianas. «No tendrán nada propio, sino que lo pondrán todo en común» (San Vicente, 20 de agosto de 1656, SVP IX/2, 813).

¿Cómo traducir esto concretamente hoy, en el siglo XXI? Me parece, en realidad, que la respuesta es bastante sencilla en la medida en la que cada una se compromete a ser leal con esta exigencia y sus consecuencias, en particular la dependencia.

Puesto que nada nos pertenece y todo es para poner en común, el discernimiento en cuanto al uso de los bienes se hace en la Comunidad, en la Provincia y a nivel general, como proponen las Constituciones. No es una opción organizativa, aunque esto cuenta, es ante todo una opción evangélica, que hay que comprender y vivir en la fe.

No tener nada propio nos hace sentirnos más libres, nos abre a lo que nos rodea y facilita el compartir. El desapego de los bienes materiales, la elección de un estilo de vida sencillo, liberan el corazón para un don total conforme a nuestra identidad. Ello posibilita el encuentro auténtico, sincero, con los más pobres que entonces se sentirán acogidos por lo que son, hijos de Dios, como hermanos y hermanas, como amigos.

Carta del 2 de febrero de 2021

En julio de 2013, el Papa Francisco decía esto a los jóvenes seminaristas y novicios: «*La verdadera alegría no viene de las cosas, del tener, ¡no! Nace del encuentro, de la relación con los demás*».

El contexto mundial actual nos pone ante el desafío de revisar nuestro estilo de vida. Existe la urgencia de repensar nuestra manera de utilizar nuestros bienes. El Documento Inter-Asambleas lo había expresado como una convicción importante: «*Tener un estilo de vida que dé testimonio de una pobreza evangélica más radical*». Ustedes ya han trabajado mucho sobre este tema en sus Provincias y Comunidades. En las Asambleas, han abordado la cuestión. Concretamente, lúcidamente, ¿es posible avanzar aún más?

La coherencia en este aspecto es un testimonio al que el mundo es muy sensible porque: «*Sólo la práctica personal y comunitaria de esa pobreza puede dar un testimonio auténtico*» (C. 30b). Lo que está en juego es la credibilidad para anunciar a Cristo. Cada una es responsable y puede interrogarse personalmente: ¿cuáles son mis respuestas a la llamada a vivir la pobreza del Evangelio? ¿mi vida está construida sobre Cristo o sobre una necesidad de seguridad que me lleva a acumular?

¡Los lugares comunitarios! ¿Podemos soñar que haya menos cosas superfluas? ¿sin demasiado confort? ¿sin decoración excesiva? ¿sin signos de riqueza?

«*¿Quién querrá ser rico después de que el Hijo de Dios quiso ser pobre?... Hijas mías, lo escogisteis cuando entrasteis en la Compañía; le habéis dado vuestra palabra*» (San Vicente, 20 de agosto de 1656, SVP IX/2, 813 y 816).

Hemos entregado nuestra vida a Cristo entregándonos a los pobres y viviendo cercanas a ellos. Interroguémonos honradamente, claramente, sin ambigüedad. Deseemos juntas ser radicales, de manera muy concreta, en nuestro voto de pobreza en la vida cotidiana. Es un camino de libertad. Estemos felices de vivir una austeridad real y con el corazón liberado. Este es el camino más seguro para encontrarnos con nuestros hermanos y hermanas los pobres.

Pidamos al Señor que nos ayude a elegir la pobreza para compartir mejor.

AMAR LA OBEDIENCIA PARA SERVIR MEJOR JUNTAS

«La disponibilidad ayuda a todas las Hermanas a superar sus propias opiniones y sus propios intereses por el bien común, y permite a la Compañía desempeñar los servicios que tiene confiados» (C. 31c).

Hay que reconocer que actualmente, en la sociedad, la obediencia está desvalorizada y a menudo es percibida como una alienación, en el mejor de los casos como una forma de desentendimiento. En este contexto, ¿cómo comprenderla como una elección libre que nos ayuda a amar mejor y a servir a nuestros hermanos y hermanas?

La obediencia que queremos vivir es la de Jesucristo, que *«se hizo obediente hasta la muerte»* (Flp 2, 8). Esto quiere decir que cada una está llamada a entrar en este movimiento de amor. Él se hizo obediente para servir hasta el extremo.

Es también la de María: *«He aquí la Esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra»* (Lc 1, 38). María primero preguntó y después, consintió plena y libremente a la obra de Dios en ella.

Nuestra obediencia no es un acto ciego e irreflexivo. Es un acto realizado personalmente, aunque es un acto comunitario, puesto que compromete a la Compañía en lo que ésta tiene de más grande: el servicio de Cristo en los pobres.

«Un motivo que nos obliga a la obediencia es que sin ella no podéis perseverar en vuestra vocación; apenas desapareciera la obediencia de entre vosotras, adiós a la pobre Caridad, estaría muerta. Pero mientras siga en pie esta santa práctica en la Compañía, todo irá bien» (San Vicente, 23 de mayo de 1655, SVP IX/2, 711).

¿Cómo vivir hoy la obediencia de una manera responsable, libre, generosa y en la fe? Una actitud que no tiene nada de apariencia, sino de un deseo profundo de conformarse a Cristo, poniéndolo en el centro con aquellos y aquellas a los que queremos servir.

El ejercicio de la autoridad exige escucha, diálogo y confianza. El ejercicio de la obediencia pide estas mismas condiciones. ¿Cuáles son mis disposiciones de espíritu cuando entro en un intercambio en el que estará en juego la obediencia? Tomemos conciencia de la reciprocidad en la práctica de este voto.

Otro aspecto importante, indisoluble de la obediencia, es el de la disponibilidad. Por naturaleza, las Hijas de la Caridad tienen el celo apostólico bien arraigado en el corazón. Todo lo que se vive en todas las Provincias lo demuestra: el deseo siempre despierto de tratar de aliviar las miserias, la preocupación de abrirse y de rezar sin cesar por las personas más pobres, la imaginación que facilita inventar los medios para acompañar mejor. Yo soy testigo de ello cotidianamente a través de la lectura de sus cartas en las que me hablan con pasión de sus servicios, especialmente durante este periodo sin fin de la pandemia que ha amplificado tanto la pobreza.

Pero también somos humanas y tenemos que cultivar la disponibilidad para no vivir el voto de obediencia de manera ilusoria o incoherente. Consideremos tres niveles posibles de disponibilidad.

En la vida de todos los días, a través de la apertura de espíritu y los pequeños gestos en las Comunidades en las que, por suerte, somos tan diferentes las unas de las otras. Es la obediencia en lo cotidiano.

La disponibilidad para la misión en la que cada una está dispuesta a partir cuando escucha una llamada a nivel de la Provincia o de la Compañía. Es la obediencia misionera.

Finalmente, la disponibilidad del corazón, que pone en disposición de acogida en la oración y el diálogo, principalmente en los momentos de intercambio comunitario o con la Hermana Sirvienta. Es la obediencia al Espíritu. Así, podemos decir con los Apóstoles: «*El Espíritu Santo y nosotros mismos hemos decidido...*» (Hch 15, 28).

El voto de obediencia, específicamente, es para vivirlo juntas. Entonces, liberadas de nuestro propio querer, nos permite encuentros libres y generosos en el servicio a los otros y sobre todo vivir «con las puertas abiertas» para enriquecernos mutuamente.

Pidamos al Señor que nos ayude a amar la obediencia para servir mejor juntas.

SEGUIR A CRISTO SERVIDOR EN EL SERVICIO DE LOS POBRES

Llegamos al corazón de nuestra vocación, o más exactamente, al corazón del Evangelio.



«El servicio es para ellas la expresión de su entrega total a Dios en la Compañía y comunica a esa entrega su pleno significado» (C. 16b). «Acoger la castidad para ensanchar nuestro corazón», «Elegir la pobreza para compartir mejor», «Amar la obediencia para servir mejor juntas» ... Todo está orientado hacia el servicio y los votos están impregnados del servicio. Este es el carisma transmitido de generación en generación.

Consideremos el voto de servicio a los pobres a partir del tema de las Asambleas y en particular, desde el punto de vista del encuentro.

El Evangelio está repleto de los encuentros de Jesús con los hombres y las mujeres de su tiempo. Por todas las partes por donde pasa, Él crea vínculos y un clima de encuentro, es decir, que alrededor de Él, las personas hablan, preguntan, son curadas, a menudo se van para evangelizar ellos mismos.

Jesús cuida de cada uno, no selecciona a las personas, inspira la confianza y facilita la palabra.

Contemplar a Jesús en sus relaciones nos da la imagen del Cristo a quien queremos seguir: «Del Hijo de Dios aprenden las Hijas de la Caridad que no hay miseria alguna que puedan considerar como extraña a ellas» (C. 11a). Cristo es Aquel que nos muestra el camino del encuentro, fundamento de todo servicio a los pobres. ¿Sabemos siempre tomarnos un tiempo gratuito antes de actuar? Meditemos cada día la Palabra de Dios, y especialmente los pasajes en los que Jesús vive el encuentro: contemplemos su mirada, su benevolencia, su ternura y dejémonos moldear.

En realidad, ustedes ya lo hacen, porque cuando yo leo sus cartas o escucho a las Consejeras generales que están más en relación con ustedes, percibo la importancia que conceden a la calidad de su servicio y la atención que prestan a las personas. El punto de partida es la compasión que expresa su cercanía. Sus entrañas están tocadas por el sufrimiento porque dedican tiempo al encuentro antes de «hacer». A menudo, estos encuentros les hacen nombrar a las personas. No es a los pobres en general a quienes sirven, sino a... Oscar, Marta, Pavel, Mihretab, Emma, Yoly, Martina, Vanessa, José, Reinaldo...

Oremos por ellos, por aquellos y aquellas a los que ustedes pueden nombrar... ahora...

Viven profundamente cada uno de sus encuentros como tantos otros signos de la huella de Dios. Esto expresa bien en qué medida el voto de servicio a los pobres es el voto fundamental y que, por amor a sus herma-



Carta del 2 de febrero de 2021

nos y hermanas que más sufren, ustedes han elegido vivir la castidad, la pobreza y la obediencia para mejor cumplir aquello para lo que el Señor las ha llamado en la Compañía.

Pidamos al Señor saber acoger, elegir, amar nuestros votos para servir mejor a nuestros hermanos y hermanas.

En este día de la Presentación, contemplemos también a María que nos muestra el camino del servicio. Ella franqueó la puerta, fue hacia y supo mostrarse totalmente disponible para el encuentro. Sin embargo, a María se le previene: «*Una espada te traspasará el alma*» (Lc 2, 35) le dice Simeón. El encuentro no es una ruta siempre fácil. A veces, hay que pasar por el miedo, por interrogantes sin respuestas y afrontar riesgos. Pero el Espíritu nos muestra la dirección y tenemos la seguridad de que Dios nos ama, camina con nosotras y nos anima en este camino.

¡«Ephata» para encontrarse! Demos gracias al Señor por una vocación tan bella y transformemos nuestros momentos de encuentro en comunión de espíritu y de corazón.

Para terminar, en nombre de ustedes, doy las gracias muy sinceramente al Padre Tomaž Mavrič, al Padre Robert Maloney, al Padre Gregory Gay, al Padre Javier Álvarez, al Padre Patrick Griffin y, muy especialmente, al Padre Bernard Schoepfer, que acompaña fiel y fraternalmente al Consejo general y a las Hermanas de la Cuasi-Provincia. Dirijo también mi agradecimiento a Sor Juana Elizondo y a Sor Evelyne Franc, que siguen estando tan cercanas de corazón y a través de la oración a la vida de la Compañía, mi agradecimiento igualmente a Sor Kathleen Appler que nos sostiene en la comunión de los santos.

Permanezcamos unidas en la oración y en un mismo impulso de generosidad, demos gracias al Señor por los dones recibidos para compartir con aquellos y aquellas que nos rodean.

Muy afectuosamente y con la seguridad de mi oración.

Sor Françoise PETIT
Hija de la Caridad

Cuaresma 2021

Mi Cristo roto

Queridos miembros de la Familia vicenciana,

¡La gracia y la paz de Jesús estén siempre con nosotros!

Tras los acontecimientos dramáticos del año pasado, mientras que los sufrimientos causados por las guerras, las catástrofes naturales y la hambruna se han agravado por la pandemia de COVID-19, nuestra fe nos impulsa a vivir este nuevo año 2021 en la esperanza, incluso en las situaciones que son, humanamente hablando, desesperadas.

En este comienzo de la Cuaresma, proseguimos nuestra reflexión sobre los fundamentos que hicieron de San Vicente de Paúl un «místico de la Caridad» y precisamente sobre su relación, y la nuestra, con el Cristo desfigurado, que comenzamos a considerar con el icono del «Salvador de Zvenigorod».

Como escribía en la carta de Adviento del año pasado, la persona de Jesús está en el corazón de la identidad de Vicente de Paúl como místico de la Caridad, en el corazón de la espiritualidad y del carisma vicenciano. Jesús es nuestra razón de ser y la persona cuya manera de pensar, de sentir, de hablar y de actuar se convierte en nuestro objetivo en la vida. Vicente conocía la importancia de la familiaridad con Jesús para la conversión personal y un fecundo ministerio: *«Ni la filosofía, ni la teología, ni los discursos logran nada en las almas; es preciso que Jesucristo trabaje con nosotros, o nosotros con él; que obremos en él, y él en nosotros; que hablemos como él y con su espíritu, lo mismo que él estaba en su Padre y predicaba la doctrina que le había enseñado»*.¹

Si el icono del «Salvador de Zvenigorod» nos invita a contemplar el rostro de Jesús, esta reflexión de Cuaresma nos invita a un diálogo con Jesús desfigurado. Hace unos 30 años, cayó en mis manos un libro escrito por un jesuita español, Ramón Cué, titulado *Mi Cristo roto*. En la cubierta del libro estaba representado un crucifijo roto. A Cristo le faltaba una pierna, así como su brazo derecho y los dedos de su mano izquierda; no tenía rostro y ni siquiera cruz. Esta imagen llamó mi atención y su historia suscitó en mí el deseo de tener una representación semejante.

Mi Cristo roto cuenta la historia de un sacerdote al que le gustaban las obras de arte. Un día, cuando visitaba una tienda de antigüedades, vio una escultura, entre muchos cuadros bellos y otras obras de arte, que llamó su atención enseguida. Era este crucifijo roto. Se trataba de la obra de un artista muy conocido, seguía conservando su valor comercial, aunque estuviera deteriorada.

Intrigó tanto al sacerdote que decidió comprarla y restaurarla para que recuperase su belleza original. El restaurador al que se dirigió se dio cuenta de que hacía falta mucho trabajo para reparar la escultura y, así pues, pidió una gran suma de dinero. El sacerdote no podía pagar un precio tan elevado, así que decidió llevar a su casa, en aquel estado, al Cristo roto.

De regreso a su casa, en su habitación, mirando al Cristo roto, el sacerdote comenzó a sentirse incómodo, hasta el punto de encolerizarse. Con una voz fuerte, preguntó: «¿Quién pudo hacerte esto? ¿Quién pudo arrancarte tan brutalmente de la cruz? ¿Quién pudo desfigurar tu rostro tan cruelmente?»

De repente, una voz viva y tajante dijo: «¡Cállate, preguntas demasiado!».

Esta voz penetrante asociada al cuerpo mutilado apenas calmó al sacerdote. Todavía impactado tras haber oído hablar a Cristo, el sacerdote quiso reconfortarle y dijo con una voz temblorosa: «Señor, tengo una idea que te gustará. Encontraré la manera de restaurarte. No quiero verte tan mutilado. Ya verás, serás hermoso. Tú sabes que eres precioso. Tendrás una nueva pierna, un nuevo brazo, nuevos dedos, una nueva cruz y, sobre todo, tendrás un nuevo rostro».

Una vez más, se oyó una voz y Cristo dijo con fuerza: *«Me decepcionas. Hablas demasiado. ¡Te prohíbo que me restaures!»*

Sorprendido por la energía y la firmeza del Cristo roto, el sacerdote replicó: *«Señor, no te comprendo. Va a ser para mí un continuo dolor verte roto y mutilado. ¿No comprendes que me duele?»*

El Señor respondió: *«Eso es exactamente lo que quiero hacer. No me restaures. A ver si viéndome así, te acuerdas de mis hermanos y hermanas que sufren y te duele. A ver si así, roto y mutilado, te sirvo de clave para el dolor de los demás, el símbolo que gritará el dolor de mi segunda Pasión, en mis hermanos y hermanas. ¡Déjame así, roto! ¡Bésame roto!»*

El sacerdote dijo: *«Yo tengo un Cristo sin cruz. Algunas personas pueden tener una cruz sin Cristo. Él no puede descansar sin cruz, y una cruz personal sólo puede ser llevada con Cristo. Hemos empezado a buscar una cruz de madera para el Cristo roto, donde él pueda descansar. Pero hemos encontrado nuestra cruz. Ponedlas juntas, y el Cristo estará completo. El Cristo roto descansa en nuestra cruz, y nosotros llevaremos la cruz juntos».*

Todavía incómodo, el sacerdote prosiguió su diálogo intenso con el Cristo: *«Quisiera restaurar la mano que te falta».* El Señor le respondió: *«Yo no quiero un brazo de madera. Yo quiero una verdadera mano de carne y hueso. Yo quiero que tú seas la mano que me falta. ¡Tú!»*

«Señor, exclamó el sacerdote, tú sólo tienes una pierna. Ni siquiera puedes caminar solo. Necesitas ayuda». Cristo respondió: *«Necesito trabajar como lo hacía en Nazaret».* El sacerdote dijo: *«Si quieres, estoy dispuesto a acompañarte a buscar trabajo. Sin embargo, te aviso de que, en tu estado actual, a menos que te presentes como el mismo Cristo, nunca encontrarás trabajo».*

Cristo prohibió al sacerdote presentarle como Cristo. Juntos, fueron a muchas tiendas y empresas, pero nadie le ofreció trabajo a Cristo. Cristo exclamó con un gran suspiro: *«¿Cómo se puede decir que se ama a Cristo y con el mismo corazón despreciar a los que buscan un trabajo honrado? Yo soy ellos y ellos son yo».*

El sacerdote se quejó: *«¡Qué difícil me es amar a un Cristo sin rostro!».* Pasó muchas horas buscando un bello rostro adaptado a su Cristo

roto, para aliviar su agitación interior, pero Cristo dijo una vez más con una voz potente: «**Yo quiero quedarme así, roto, sin rostro.** ¿Por qué quieres restaurarme tú, por ti o por los demás? ¿*Verme en este estado deteriorado te incomoda?*» **Cristo dijo más suavemente:** «*Por favor, acéptame como soy. Acéptame roto, acéptame sin rostro*».

Cristo prosiguió: «¿**Tienes un retrato de alguien a quien no amas, tu enemigo? Pon el rostro de esta persona en mi rostro, pon los rostros de todas las personas más abandonadas, rechazadas, pobres, en mi rostro.** ¿Comprendes? *Yo di mi vida por todos ellos. En mi rostro se encuentran todos sus rostros. ¿Comprendes?*»

Después de largas conversaciones con Cristo, al fin el sacerdote comprendió el mensaje de Cristo y, con una voz dulce y llena de deseo, dijo: «¡*Cristo, quisiera aceptar tu invitación, pero por favor, ayúdame!; Ayúdame!*»

Después de varios años queriendo encontrar mi representación de un Cristo roto, al fin llegó el día. Al acercarme a un edificio, de repente, miré a mi derecha y allí estaba: un Cristo roto. No sé cómo llegó allí la escultura. A menudo pasaba frente a ese edificio, pero nunca antes había visto ningún otro artículo viejo o roto colocado allí para que alguien se lo llevara.

Recuerdo mi emoción y mi impaciencia, preguntándome si se me permitiría tener esta escultura. Después de pedir y recibir el permiso, rápidamente fui y me llevé el Cristo roto a casa. Una vez en mi habitación con «mi Cristo roto», comencé a llorar. Desde ese día, nunca me ha dejado.

¿Por qué he querido tener un Cristo roto? Naturalmente, como el sacerdote de la historia, hubiera preferido un Cristo hermoso intacto en una bella cruz que pudiera ser colgada para ser venerada. ¿De dónde viene entonces este deseo de encontrar un Cristo roto? Ciertamente no de mí. La única respuesta que puedo encontrar es: esto viene de Cristo.

El Cristo roto se convierte ante nuestros ojos en un signo claro que sigue perturbando nuestra paz y llamándonos a la conversión. Nos invita a un diálogo continuo con Él en el aquí y ahora del mundo y de nuestras relaciones cotidianas. Este Cristo roto nos ayuda a acercarnos a Él con nuestra realidad humana, así como con la realidad de cada ser humano.



Cristo siempre está dispuesto a escuchar y a sugerir. Él sigue desafiándonos, pero con una dulzura y una misericordia infinita, para responder a preguntas como: ¿Por qué piensas que la gente me desfiguró tanto? ¿Te incomoda un Cristo roto? ¿Las personas rotas te hacen sentir incómodo? ¿Qué podría conducir a un cambio de actitud hacia los que son considerados como desfigurados? ¿Dónde te sitúas respecto a esta realidad?

El diálogo permanente de san Vicente con Jesús le inspiraba sus respuestas y sus consejos:

«¡Dios mío! ¡Qué hermoso sería ver a los pobres, considerándolos en Dios y en el aprecio en que los tuvo Jesucristo! Pero, si los miramos con los sentimientos de la carne y del espíritu mundano, nos parecerán despreciables»².

«...Jesucristo ha muerto por nosotros, ¿no es eso bastante para estimar a una persona? Jesús nos ha demostrado tanta estima que ha querido morir por nosotros, probando de esta forma que nos ha estimado más que su preciosa sangre, que derramó para redimirnos, como si quisiera demostrar así que más que a su sangre aprecia a todos los predestinados...»³

Cuaresma 2021

Mi propio Cristo roto, ya sea ante mis ojos o en mis pensamientos, me invita a un verdadero diálogo. Que este tiempo de Cuaresma nos ayude a profundizar o simplemente a comenzar una conversación con el Cristo roto, lo que ciertamente no nos dejará indiferentes.

Su hermano en san Vicente,

Padre Tomaž MAVRIČ, CM
Superior general

Notas

¹ SVP XI/3, 236; conferencia 77, «Consejos a Antonio Durand».

² SVP XI/4, 725; conferencia 165, «Sobre el espíritu de fe».

³ SVP IX/2, 1040; conferencia 96, «Cordialidad, respeto, amistades particulares».

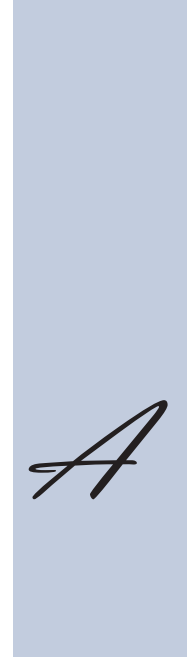
Provincia Nuestra Señora de la Misión –
América Sur

La caridad de Cristo nos apremia en el desierto de Atacama

Sobrepasado por la afluencia de migrantes venezolanos, el norte de Chile vive actualmente una «crisis humanitaria». Cada día, varios centenares de exiliados atraviesan ilegalmente la frontera entre Bolivia y Chile. Las autoridades locales se dicen desbordadas. En cinco años, cerca de un millón de extranjeros han venido a instalarse en el país. La ciudad de Iquique, ciudad costera de 200.000 habitantes, situada en la región de Tarapaca, ve llegar cada día a numerosos inmigrantes, sobre todo venezolanos. Familias, niños, adultos, provistos de bolsos en bandolera o de maletas, llegan extenuados de haber caminado.

Para hacer frente al número sin precedentes de refugiados y de inmigrantes venezolanos, el gobierno local de la Comuna de Huara, situada en la región de Tarapaca, ha hecho instalar un campo de refugiados en el desierto de Atacama, zona árida en la que de día hace mucho calor, y por la noche la temperatura puede descender hasta 0 grados. Los militares han proporcionado carpas a modo de toldos con el fin de proteger a los inmigrantes a la vez del sol y del frío. Pero, muy rápido, este desierto de Atacama, lugar inhóspito, sin agua, sin comida, se ha vuelto «superpoblado» porque cada día llegaban nuevos refugiados cada vez más numerosos.

El gobierno de Chile ordenó la evacuación para albergues, con el fin de evitar los contagios masivos de Covid-19. Para esto se ocupan las escuelas del estado y allí permanecen durante 14



Actualidad
de
Provincias

Testimonio de Hermanas

días. Al cumplir esta cuarentena, les permiten salir a la calle. Muchos continúan su recorrido al sur de Chile, arriesgando su vida por la travesía del desierto. Las familias que tienen niños se quedan en la ciudad buscando un mínimo de ayuda para alimentarse, durmiendo en la playa o en las plazas.

Antes de la Navidad por las calles de Iquique se encontraban en los semáforos familias con niños vendiendo caramelos, mendigando algunas monedas.

Ante esta fuerte crisis humanitaria, las Hijas de la Caridad hemos reaccionado, a pesar de las restricciones de la pandemia, gestionando la ayuda con carpas y frazadas y la implementación de un comedor solidario, priorizando las familias con niños, porque cada día son cientos los que siguen llegando y otros tantos los que salen de los albergues.

En este emprendimiento no hemos estado solas, se ha formado una red de colaboración con miembros de las ramas de la Familia Vicentina, con Parroquias, Caritas y la Organización Internacional para las Migraciones (OIM). Sin embargo, la ayuda se agota muy rápido. Actualmente estamos entregando más de cien almuerzos y siempre nos quedamos cortas.

A partir del lunes 4 de enero de 2021 la ciudad de Iquique entró en confinamiento total por el aumento explosivo de casos Covid. Se cerraron las playas y desalojaron a los migrantes. Ellos, buscaron refugio en una plaza pública, sin baños y sin agua ni siquiera para lavarse la cara. Carentes de todo e ignorados por todas las organizaciones, pareciera que los cubre una cortina de humo porque nadie los ve, son literalmente invisibles. Para muchos son un estorbo y comienza a crecer la xenofobia.

El comercio está inactivo, los puestos de trabajo cerrados, escaso movimiento en las calles. El valor del arriendo de viviendas se elevó y si logran conseguir un cuarto de alquiler no los aceptan con niños. Aunque algunos desean continuar su viaje, no se les permite por los cordones sanitarios que se han implementado entre una región y otra del país.

Esta situación sobrepasa todos los límites, pero ha llevado a que algunos jefes de familia sean muy creativos y suben a los buses con alcohol para desinfectar los pasamanos y asientos y pedir a cambio algunas monedas.

Cada día nos preguntamos: ¿Hasta cuándo resistirán tantas privaciones? ¿Hasta cuándo los derechos humanos de este pueblo seguirán siendo pisoteados abusivamente dentro y fuera de su país? ¿Y cómo las Hijas de la Ciudad podemos ir más lejos en su ayuda?

Sus relatos, acompañados muchas veces con lágrimas, son verdadero Evangelio, sustentan nuestra oración y cuestionan nuestro estilo de vida. Nuestra actitud ha sido de permanente escucha, atención a sus necesidades en la medida de nuestras posibilidades y disposición para servirlos a pesar de las restricciones de parte del Ministerio de Salud.

Las palabras del Papa Francisco resuenan en nuestras conciencias: *“Nuestra respuesta común se podría articular entorno a cuatro verbos: acoger, proteger, promover e integrar”*.

Pedimos a Dios que nos conceda la fuerza de Su Espíritu para salir cada día al encuentro de ellos, al encuentro de otras personas de buena voluntad que desean “darles una mano” y franquear las puertas que pudieran ser mediación de acogida, protección, promoción e integración...

Sor María Isabel RUIZ
y la Comunidad de Iquique

Provincia de India Sur

El servicio de los pobres, una experiencia en la que cada uno da y recibe

En la imagen de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, observamos la bella expresión de María que muestra con el dedo el corazón tierno y encendido de amor del Niño Jesús. Con amor, María guía a los que vienen a implorar su intercesión, ante su Hijo amado, Jesús.

En 1830, cuando la Virgen María se apareció en la Capilla de rue du Bac, ella dice a Santa Catalina: «*Venid al pie de este altar, se derramarán las gracias sobre todos aquellos que las pidan*». La vida pública de Jesús nos deja percibir el corazón y el rostro de amor de Dios, este amor misericordioso que no cesa de extenderse sobre toda la humanidad de manera incondicional. María nos invita a encontrar refugio «al pie del altar», allá donde Jesús nos espera.

Cuando una persona va al encuentro de Dios, sea rica o pobre, enferma o en buena salud, en estado de pecado grave o no, ella hace siempre esta plegaria: «Señor, ten piedad» porque nosotros creemos en un Dios de amor. Incluso si nos apartamos de Dios, Él no aparta jamás su mirada de nosotros y, con la ternura de una madre, Él espera con un corazón increíblemente misericordioso que volvamos a Él.

Cada Comunidad no cesa de adoptar iniciativas para acompañar a los pobres con un corazón misericordioso. He aquí el testimonio de dos Comunidades al servicio de personas en gran precariedad.

LA COMUNIDAD DE MADATHIL: AL SERVICIO DE UN ORFANATO

«Marillac Bhavan Madathil» es un hogar que acoge a unas cincuenta mujeres pobres, de diversas edades, todas discapacitadas físicas o mentales. Las 4 Hermanas de la Comunidad, que cuidan a las mujeres con discapacidad, las ayudan a “ponerse en pie” desarrollando su potencial, en la medida de sus posibilidades. Las Hermanas realizan también visitas a domicilio y acogen a los pobres que van allí a buscar refugio. Así es como descubrimos a Meghana.

Una mañana, mientras que nosotras hacíamos la oración, oímos una voz que gritaba: «¡Hermana, Hermana!». Salimos para ver qué pasaba. Había, a la puerta de la casa, una niña sentada que lloraba. Ella estaba totalmente sola y nosotras la recogimos. Un poco más tarde, durante la jornada, una mujer nos miraba con tristeza y cólera. Le preguntamos qué le pasaba y ella nos dijo que era la madre de la niña pero que no la quería y que, si nosotras no la recibíamos en nuestra casa, ella la recogería para matarla. Después huyó. La niña se llamaba Meghana.

Nosotras supimos que procedía de una familia hindú, por lo tanto, quisimos permitirle crecer en su religión. En efecto, ella no la practicaba en absoluto. Pero quería ir a la iglesia y aprender el catecismo. Finalmente, dada su insistencia, la preparamos para el Bautismo, el sacramento de la Reconciliación y la Eucaristía. Sin embargo, no fue fácil educarla, pues, la pequeña Meghana tenía grandes heridas psicológicas. Ella era colérica, triste, egoísta, tenía necesidad de llamar la atención y mostraba mucha culpabilidad. Afortunadamente, estuvo bien acompañada a nivel socio-psicológico y espiritual, esto le ayudó a estabilizarse.

Meghana pudo seguir una buena escolaridad y a los 18 años, obtuvo su bachillerato. Permaneciendo en el hogar “Marillac Bhavan Madathil”, continuó sus estudios para ser técnico de laboratorio.

Al finalizar su formación, expresó el deseo de encontrar a su madre. Nosotras le ayudamos a buscarla en la ciudad y los pueblos vecinos, pero en vano. Alguien dijo que su padre era un alcohólico que abusaba de su madre y de la niña, es por lo que la mamá había abandonado a su pequeña hija. Es todo lo que supimos.

Testimonio de las Hermanas

Como Diplomada técnico de laboratorio, fue enviada después a la Casa San Vicente, a Manmad, para trabajar en nuestro hospital. Las Hermanas de la Comunidad de Manmad rezaron mucho por ella para que encontrase un buen marido cariñoso que pudiera colmar su falta de afecto y el rechazo de su familia. El Señor nos mostró a un joven católico que convenía. Nosotros nos ocupamos de esta boda y hoy Meghana está feliz y puede contar con el apoyo de sus suegros que la han adoptado como su propia hija. Después ella ha tenido un hijo y ha dado pruebas de un gran agradecimiento hacia Dios y la Comunidad.

EN WHITEFIELD, (BANGALORE), LA CASA «CHESHIRE» AL SERVICIO DE PERSONAS DISCAPACITADAS MENTALES Y FÍSICAS

En India, existen 28 Casas «Cheshire», todas destinadas a personas discapacitadas mentales y físicas, cada una de ellas está bajo la dirección de un comité local. Desde marzo de 2015, las Hijas de la Caridad son responsables de la Casa Cheshire en Whitefield. Nosotras vivimos con 32 residentes, adultos de 25 a 87 años, donde la mayor parte se desplaza con muletas, un andador o una silla de ruedas. Algunos vienen de la calle o de barrios marginales.

He aquí la historia de **Beula**, una de estas personas discapacitadas.

Originaria del estado de Tamil Nadu, ella tiene 84 años. Perteneció a la Iglesia protestante de la India del Sur (CSI), que es la unión de diferentes comunidades anglicanas, metodistas, congregacionalistas, presbiterianas y reformadas. Cuando tenía 16 años, su padre quería matar a su madre, ella se interpuso entre los dos y su padre la hirió, provocando la parálisis de su mano derecha, después, ante sus ojos, él mató a su madre. Beula estaba profundamente herida afectivamente. Recogida entonces en casa de una de sus hermanas, su cuñado comenzó a maltratarla; el nuevo traumatismo le provocó un real desequilibrio mental. Unos miembros de su familia la acompañaron a la Casa Cheshire. Pero no era suficiente cambiar de lugar para curarla de tales traumatismos. Al tener un comportamiento violento, Beula debió ser trasladada al hospital de Bangalore. Allí recibió un tratamiento durante varios meses. Después, volvió a la casa “Cheshire”.

En marzo de 2015, a nuestra llegada a la Casa Cheshire en Whitefield, Beula estaba allí, nosotras conocíamos su comportamiento violento, pero no manifestaba ningún resentimiento con respecto a nosotras. Ella comenzó una grave depresión que duró más de tres meses. No hablaba, no quería ni comer, ni lavarse, ni salir de su habitación, dormía poco y hablaba en voz alta durante la noche. En noviembre de 2015, cayó repentinamente enferma, pensábamos que iba a morir y la llevamos al hospital. Sus arterias estaban obstruidas y necesitaban una angioplastia. Su familia fue informada, pero no quiso dar su acuerdo para la intervención, no quería que siguiera sufriendo porque tenía cerca de 80 años. A pesar de los donativos de un benefactor para pagar esta intervención, los médicos respetaron la decisión de la familia. No hubo intervención. Después de estar 3 días en la unidad de cuidados intensivos de cardiología, Beula volvió a nuestra casa. Estaba feliz y parecía más equilibrada. Pero una semana después, volvió a caer en depresión. Un día, un grupo de la Iglesia protestante vino a la Casa Cheshire e impusieron las manos sobre Beula. Desde entonces va mejor, come, habla, sonríe ... Con fe y confianza, nosotras continuamos rezando mucho para que ella se cure de ese estado depresivo que la atormenta desde hace más de 60 años. Ahora, Beula comienza a leer la Biblia y nosotras creemos que nada es imposible para Dios. Nos esforzamos en manifestarle lo más posible el amor y la paciencia, para que un día ella pueda disfrutar de la verdadera vida que Jesús ha venido a darnos en plenitud.

Las Hermanas de la Casa “Marillac Bhavan Madathil”
Y de la Casa “Cheshire”, en Whitefield

H

Historia
de la
Compañía

Santa Isabel Ana Seton, una mujer de comunión

Cuando me pidieron preparar una intervención sobre santa Isabel Ana Seton, dudé mucho —no soy historiadora, ni teóloga, aún menos una especialista— pero no tenía ninguna duda sobre el título de la conferencia: «Santa Isabel Ana, una mujer de comunión».

El sacramento de la Eucaristía estuvo en el centro de su vida y de su conversión de la confesión episcopaliana a la Iglesia católica. La comunión es asimismo el signo bajo el que vivió toda su existencia, lo que además modeló todas sus relaciones y motivó cada una de sus acciones. Por lo tanto, es este espíritu de comunión lo que yo propongo profundizar hoy.

Comencemos con la comunión sacramental. La doctrina protestante no admite la Presencia real. Sin embargo, recién casada, siente fuertemente la atracción por la comunión simbólica, signo de la comunión que Dios quiere tener con sus criaturas. Bajo la dirección de un pastor celoso, ella alimenta su deseo de unión y corre de un templo episcopaliano a otro los «domingos de comunión». El Señor prepara su corazón para la experiencia de la Iglesia católica en Italia, en donde ve el fervor y el respeto de los fieles hacia el Santísimo Sacramento. Ella escribe con una cierta envidia: «¡Qué felices seríamos si creyéramos lo que ellos creen: *que poseen a Dios en el Sacramento, y que Él permanece en sus iglesias, y que se les lleva cuando están enfermos!*» (I, p. 292)¹ Antes de poder adherirse a esta verdad, ella sabe respetarla y, de visita en una iglesia, se siente

muy ofendida por las burlas de un turista protestante, en el momento de la consagración, de «lo que ellos llaman la Verdadera Presencia».

De regreso a Nueva York, ella duda, pero en su banco de la iglesia episcopaliana, se gira casi inconscientemente hacia la iglesia católica vecina y hacia el Señor al que ella reconoce allí sobre el altar y en el sagrario. Ella describe su alegría de unirse a Él el 25 de marzo de 1805: «¡Dios mío, qué cosas nuevas para mi alma! El día de la Anunciación, yo no seré más que uno con Aquel que dijo: “Si no coméis mi carne, y si no bebéis mi sangre, no tendréis parte conmigo” ... 25 de marzo. ¡Al fin Dios es mío y yo soy suya! Ahora, que todo siga su curso. ¡Yo lo he recibido! La larga marcha hasta la ciudad. Cada uno de mis pasos: más cerca de la calle, más cerca del sagrario, más cerca del momento en el que entraré en la pobre, tan pobre pequeña morada, tan suya totalmente! ¡Y cuando Él estuvo allí! El primer pensamiento que me vino a la memoria: “Que Dios se levante, que sus enemigos sean dispersados”. Porque me pareció que, en lugar de la acogida humilde, llena de ternura que yo me había esperado darle, no era más que un triunfo de alegría y de júbilo, porque Él había venido, Él, el liberador, mi protección, mi escudo, mi fuerza y mi salvación, hecho mío para este mundo y para el otro» (I, p. 376-377). Esta comunión confirma su pertenencia absoluta al Señor, con el que ella es, de ahora en adelante, «uno». Ella se encuentra con Alguien al que acoge plenamente y al que concede poder sobre todas sus facultades.

El entusiasmo de la nueva conversa no se empaña, ella mantiene toda su vida su sed de Dios en la Eucaristía y la transmite a los otros. Quiere prepararse bien para ello y preparar a los otros, ya sean los niños antes de su Primera Comunión o sus Hermanas. Es consciente de no ser digna, pero no deja que los escrúpulos le impidan recibir al que es Amor y que, ella lo sabe, la ama personalmente. Si santa Luisa tenía un pequeño pañuelo para secar sus lágrimas después de la recepción del Cuerpo de Cristo, santa Isabel Ana llora de alegría a menudo, a la espera de recibir a su Señor. En una época en la que el ayuno estricto desde las 12 de la noche hasta la comunión es la regla, durante su última enfermedad, algunos meses antes de su muerte, ella rechaza el agua que sus Hermanas le suplican que tome para calmar su fiebre. Así, puede recibir el Santísimo Sacramento por lo que ella piensa ser la última vez: a la vista del sacerdote, estalla en lágrimas del deseo ardiente.

Si la Eucaristía es la que conduce a Isabel Ana a la Iglesia católica, también es la Iglesia la que le hace entrar en una comunión más estrecha con Dios. Isabel Ana está en búsqueda de Dios y de la verdad sobre Él

Santa Isabel Ana Seton, una mujer de comunión

desde su juventud. Ella se alimenta de la Sagrada Escritura, leyendo primero la Biblia protestante y más tarde la traducción inglesa autorizada para los católicos americanos. Marca los pasajes más significativos para ella —¡a menudo con varios signos de exclamación!— y anota sus pensamientos. Su familiaridad con la Palabra de Dios la impulsa a escribir: «¡Oh, mi Padre y mi Dios... tu palabra es verdad, sin ninguna contradicción, allí donde se encuentre! Una sola fe, una sola esperanza, un solo bautismo, he aquí lo que busco, allí donde esto se encuentre. A menudo pienso que mis pecados, mis miserias, ocultan la luz; sin embargo, me agacharé, me aferraré a Dios hasta mi último suspiro, pidiéndole luz como una mendiga, y no cambiaré hasta que la encuentre» (I, p. 368). La verdad que ella encuentra en la Iglesia católica le permite conocer a Dios más profundamente, verlo «sin velo» y unirse a Él más estrechamente.

A través de la Iglesia y sus representantes —su párroco, su obispo, los diferentes directores y superiores sulpicianos que se le dan— descubre la voluntad de Dios sobre ella. Hace todo lo posible para seguir esta voluntad a la que ella califica a menudo «de adorable» como medio de unirse más perfectamente a su Dios. Durante la búsqueda de su vocación en la Iglesia, pide la opinión a sus sacerdotes conocidos y al único obispo del vasto territorio americano, John Carroll de Baltimore, que apoya la proposición de ir allí a fundar una escuela para niñas. El proyecto de estos eclesiásticos sobre ella evoluciona y lo acepta a pesar de algunas contradicciones. Ella enseña a sus Hermanas: «¿Cuál era la primera regla de la vida de nuestro querido Salvador? Ustedes la saben, era hacer la voluntad de su Padre. Así pues, la primera finalidad que yo propongo para nuestro trabajo cotidiano, es hacer la Voluntad de Dios. La segunda, es hacerlo de la manera que Él mismo lo hacía. La tercera, es hacerla, porque esa es su Voluntad» (IIIa, p. 254-255). Las mediaciones en el seno de la Iglesia son una revelación de la voluntad de Dios, una garantía que no actúa a su manera sino en unión con Dios.

Isabel Ana trata de unirse cada vez más perfectamente a Dios por el ejemplo y los escritos de los santos que la Iglesia propone para la edificación y la imitación de los fieles. Ella lee a santo Tomás de Kempis, san Ignacio, santa Teresa de Ávila, santa Juana Francisca de Chantal, san Francisco de Sales y otros. Traduce la biografía de santa Luisa escrita por Gobillon y la de san Vicente escrita por Abelly, comenzando con el tercer tomo, sobre sus virtudes, así como algunas conferencias de san Vicente a las Hijas de la Caridad. Traduce las Reglas de las Hijas de la Caridad y las adapta al contexto americano y a su realidad de madre de cinco hijos.

De estas Reglas, ella escribe: «*Las reglas propuestas son bastante idénticas a las de las Hermanas de Francia, según el manuscrito original. Nunca he tenido un pensamiento que estuviera en desacuerdo con ellas, tan lejos como mi pobre capacidad pueda juzgar, observándolas de cerca*» (II, p. 195). Siempre animada por el deseo de una vida «sobrenatural», es decir, unida a Dios, ella abraza este camino de santidad formulado por Vicente y Luisa, aprobado por la Iglesia y que ha demostrado su eficacia a través de la experiencia de generaciones de Hijas de la Caridad. Ella afirma: «*La regla es tan fácil de seguir que apenas representa algo más que lo que hace una persona que tiene una vida sobrenatural, incluso en el mundo*» (II, p. 104). Su certeza de encontrar la comunión con Dios por la fidelidad a su voluntad en lo que la Iglesia propone es expresión de su confianza profunda en Dios y en su Providencia.

En sus últimos días, un sacerdote le pregunta la mayor gracia que Dios le ha concedido a lo largo de su vida. Ella responde: «*la de haber sido llevada a entrar en la Iglesia católica*». En este mismo espíritu ella deja su testamento espiritual a su Comunidad, insistiendo justo antes de su muerte, con sus últimas fuerzas: «*¡Sed hijas de la Iglesia! ¡Sed hijas de la Iglesia!*» (II, 767). La Iglesia es el camino hacia la comunión con Dios que ella ha encontrado y que se siente llamada a mostrar a las otras.

Por supuesto, la comunión a la que Dios la llama no está limitada a una relación intimista y cerrada entre Isabel Ana y Jesús; esta comunión le hace entrar en una relación abierta con los otros. Ella lo vive, en primer lugar, con su familia y sus amigos. Sufre con los que sufren y se alegra con los que se alegran. A pesar de sus múltiples obligaciones de Fundadora, mantiene, gracias a las cartas frecuentes, los vínculos con sus amigos y los miembros de su familia alejados y no se cansa nunca de recibir noticias para acompañarlos mejor, construyendo así un pueblo fortalecido por la fe. Ella anima, aconseja y desafía a sus destinatarios, pero sobre todo comparte libremente su vida, su corazón. Isabel Ana está convencida de que Dios le ofrece el don de la amistad: «*nuestro Bien Amado nos ha dado un corazón para amarnos sin coacción, sin cálculo y sin temor a decir demasiado o demasiado poco*» (II, p. 171). Sus relaciones humanas marcadas por la apertura son el reflejo de su relación con Dios a quien ella puede decirle todo gracias a la comunión.

Sus amistades adquieren el color de la evangelización en la medida en la que ella se esfuerza en guiar a sus amigos y a su familia en el camino de la verdad que conduce a Dios y a la felicidad del Cielo. Ella subraya: «*Vosotros conocéis el principio: Dios está en todas partes... Lo aprendemos de memoria*

Santa Isabel Ana Seton, una mujer de comunión

durante nuestra juventud, pero en lo concreto de la vida, vivimos en lo cotidiano como si apenas recordáramos que Dios nos ve. Dios está tan infinitamente presente a nuestro lado que Él se encuentra en cada parte de nuestro ser; nada puede separarnos de Él» (IIIa, p. 392). Frente a los que piensan poco en Dios, ella trata de dirigir sus pensamientos hacia las realidades de lo alto. Junto a aquellos que vacilan en la fe frente a las contradicciones y las dificultades, ella insiste en la presencia de Dios en medio de los sufrimientos. A los que rechazan a la Iglesia católica, ella les expone con dulzura su felicidad de pertenecer a ella y de encontrar en ella el consuelo de los Sacramentos. A los que ven venir a la muerte, ella los anima a resistir, a volver al Dios de amor y a permanecer vigilantes frente a las tentaciones de la última hora. Su comunión no es completa sin la adhesión a Dios de aquellos a los que ella ama.

Sus relaciones son mutuas, ella sabe que no puede vivir su vida cristiana sola y cuenta con los demás. «*No hay una sola hora de mi vida en la que no tenga necesidad de los consejos o del consuelo de la amistad*» (I, p. 18). Ella es muy consciente de estar en deuda con sus amigos en Italia, los Filicchi, que la acogen calurosamente, la ayudan financieramente, pero sobre todo le hacen conocer la Iglesia católica. Su testimonio de vida abre su espíritu y su corazón a lo que ellos le muestran de la Iglesia, en primer lugar, como proposición cultural. Con humildad, sencillez y dulzura respetuosa, ellos responden a su interés manifiesto y le ofrecen algunos libros y explicaciones. Son ellos quienes le enseñan el «*Dios te salve María*» y la señal de la cruz —lo que produce en ella «*un gran deseo de unirse al que murió en esta cruz*» (I, p. 296). Tras su regreso a Nueva York, su decisión última de convertirse depende tanto de la oración y de la insistencia de Antonio Filicchi como de todas las lecturas y todos los consejos que le ofrecen. El don de la fe los une para siempre en una comunión profunda.

Su espiritualidad de comunión en las relaciones humanas va más allá de su entorno familiar y amistoso y llega a sus hermanos y a sus hermanas en humanidad, sobre todo a los pobres, los enfermos, las viudas y los jóvenes que necesitan una educación sólida. Joven esposa, ayuda a organizar, en 1797, la Sociedad para la ayuda a las viudas pobres con los hijos de corta edad. Está plenamente comprometida y sirve de tesorera desde el comienzo hasta un año después de su propia viudedad. En colaboración con otras mujeres protestantes en Nueva York, además de dar una ayuda puntual de alimentos y medicamentos, busca un trabajo y un alojamiento para las viudas y una formación para sus hijos. Cuando se le propone una fundación en Emitsburgo, apenas un año después de su llegada a Baltimo-

re donde ella ha abierto una escuela, acoge la posibilidad de un servicio ampliado: «¡Imaginen la alegría que suscita en mi alma la perspectiva de poder asistir a los pobres, visitar a los enfermos, consolar a los que lloran, vestir a los niños inocentes y enseñarles a amar a Dios!» (II, p. 62).

Isabel Ana sabe que el ejercicio de la caridad es participación en la misión de Cristo y comunión con Él. Ella transcribe esta mediación: «*La misma caridad que Nuestro Señor manifestó a aquellos con los que vivió y habló, suscitó las acciones de su poder divino en sus gestos de ternura y de misericordia, porque el ardor de su benevolencia le hizo recorrer las ciudades y los pueblos, yendo de un lugar a otro haciendo el bien por todas partes, expulsando a los demonios, consolando a los afligidos, curando a los enfermos, resucitando a los muertos, anunciando el Reino de Dios y trabajando sin cesar por la salvación de las almas. Yo no estoy habilitada como Jesucristo a hacer milagros para los otros, pero siempre puedo encontrar ocasiones de prestarles servicio y manifestarles la bondad y la benevolencia, son frutos de la caridad cristiana*» (IIIa, p. 195). Quizás no hace milagros en el sentido estricto de la palabra, pero su ardor, su benevolencia, su celo por la salvación de las almas operan maravillas de conversión, sobre todo en algunas jóvenes un poco rebeldes confiadas a sus cuidados en la escuela de Emitsburgo.

Para gozar de la comunión con Dios, la atención a los hermanos es ineludible: «*Nuestro Señor nos advirtió explícitamente que recibiremos de su Padre según lo que nosotros hayamos hecho a nuestros hermanos y a los suyos, así pues, ¿cómo puedo esperar que Dios me concederá sus gracias y sus favores si mi corazón se cierra a sus miembros, sus hijos?*» (IIIa, p. 195) He aquí lo que ella vive y enseña a sus hijas espirituales: no se puede esperar la intimidad con Dios sin la cercanía con sus hijos que sufren.

La imitación de Cristo servidor va a la par con la comunión con Cristo que sufre en la cruz y da su vida por nosotros. Isabel Ana no hace abstracción del sufrimiento, lo conoce desde su más tierna infancia, comenzando por la muerte de su madre cuando ella no tiene más que tres años. Acompaña con valentía a su marido en su vía crucis, afirma la presencia consoladora de Dios y quiere que los dos se beneficien de su participación en los sufrimientos de Cristo. En su diario íntimo de su viaje a Italia, cuando la salud de su marido se debilita, ella afirma: «*No solamente yo estaba dispuesta a tomar mi cruz, sino que también estaba dispuesta a abrazarla*» (I, p. 257). No se aparta de los sufrimientos, camino de intimidad con Cristo. Puesto que está convencida de que la cruz conduce a profundizar la relación con Dios, anima a los otros a acogerla. Ella escribe, por ejemplo,

Santa Isabel Ana Seton, una mujer de comunión

a su cuñada que toda vida cristiana pasa por la cruz: «*Si encontráis que hay obstáculos en vuestro camino —y sin duda encontrareis muchos, como es el caso de todo cristiano que quiere cumplir su deber— perseverad sin embargo con más fervor aún, y estad felices de llevar vuestra parte de la cruz, que es nuestro pasaporte y nuestro sello para el reino de nuestro Redentor*» (I, p. 224). Es la participación libremente aceptada en la cruz lo que deja entrar al cristiano en comunión íntima con el Señor.

En sus momentos más dolorosos, sabe que sufre junto con el Señor y vive una comunión muy profunda. Ella desarrolla este pensamiento y llega hasta a decir que el sufrimiento se parece a un sacramento: «*Si no hay bien comparable a la recepción de nuestro Señor y nuestro Salvador en el Santísimo Sacramento, Él que es nuestra vida misma, en todos nuestros sufrimientos lo recibimos también en la Comunión de su Cruz, es decir, podemos unirnos a Él, su espíritu entra en nosotros. Es seguro que la gracia que recibimos en la Comunión de la Santa Eucaristía es proporcional a la que recibimos en la comunión de la Cruz*». Según su experiencia y su fe, la participación en la cruz de Cristo nos permite vivir la Eucaristía más íntimamente. Ella continúa: «*Sin la fe, es imposible reconocer el valor de una o de otra, y lo mismo que cuando somos llamados a participar en la mesa del Señor, vamos allí con alegría y no nos detenemos en las apariencias sino en nuestra creencia, igualmente, cuando el Señor nos invita a venir a recibirlo en la aflicción y el sufrimiento, debemos recibir su cáliz con el mismo ardor y beber su sangre con fe, sin mirarlo que lo oculta. Sin esta fe firme, no vemos más que una cruz de madera en la cruz de nuestro Señor y no vemos más que el pan en el Sacramento de su Cuerpo*» (IIIa, p. 419). En efecto, Isabel Ana comulga a menudo en el pan de la cruz, tragando, con fe y abandono en Dios, los cambios de directores, el fallecimiento de dos de sus hijas, las divisiones en el seno de su congregación con respecto a la elección de la Superiora, los peligros materiales y morales que acechan a sus hijos, la muerte de varias Hermanas... Si Santiago y Juan parecen demasiado seguros de ellos mismos en su respuesta a la pregunta de Jesús: «*¿Podéis beber el cáliz que yo voy a beber?*» (Mt 20, 22), Isabel Ana responde a ello conscientemente y bebe sin reservas.

Con el fin de no perder jamás consciencia de esta comunión, ella duerme con un crucifijo bajo su cabeza —y una imagen de la Bienaventurada Virgen María sobre su corazón. Mucho antes de que Nuestra Señora de Guadalupe sea declarada patrona de las Américas, Isabel Ana consigue un cuadro de ella, que viene de México, para la capilla. Nuestra Santa Madre encarna otro camino de comunión, de intimidad con Dios y su pueblo. Du-

rante su estancia en Italia, antes de su conversión definitiva, descubre a la figura maternal de María y su poderosa intercesión, gracia a la oración del *Memorare*. Después de haberla encontrado en un libro de oraciones, Isabel Ana dirige esta oración a María «*en una gran confianza de que Dios no podría negar nada a su Madre y de que ella no podría impedirse de amar y de compadecerse con las pobres almas por las que Él murió... He sentido verdaderamente que tengo una Madre, lo que tan a menudo mi corazón sin inteligencia ha lamentado haber perdido en mi juventud*» (I, p. 293). Contempla a la Santísima Virgen en sus relaciones y su capacidad de unir a las personas a Dios, de hacerlas entrar en una más perfecta comunión con Él. Ella enseña: «*María nos remite al amor que profesamos a Jesús, nuestras oraciones pasan por su corazón con amor y excelencia. Jesús se alegra de recibir nuestro amor embellecido y purificado a través del corazón de María, como viniendo del corazón de un amigo*» (IIIa, p. 462-463). En un principio, las Hermanas de Emitsburgo comparten un solo rosario, para subrayar y reforzar su comunión de oración con María y entre ellas.

Por su Asunción, María nos conduce a la comunión última del paraíso, e Isabel Ana tiene nostalgia del Cielo desde su más tierna infancia. Ella recuerda: «*A los 4 años, sentada sola sobre un peldaño de la escalinata, mirando las nubes, mientras mi hermanita Catalina, de 2 años, yacía en su ataúd, me preguntaron si no había llorado cuando la pequeña Kitty había muerto. —No, porque Kitty ha subido al cielo. Yo bien quisiera ir también allá con Mamá*» (IIIa, p. 510). Si estas palabras de niña pueden expresar simplemente el deseo de volver a encontrarse con su mamá, el tiempo confirma que su alma tiende con todas sus fuerzas hacia la eternidad, palabra que ella escribe por todas partes, en sus cartas como tema, saludo y exclamación, en los márgenes de su Biblia y en su libro de oraciones... a menudo todo en mayúsculas y seguido de varios signos de exclamación para subrayar su importancia.

La eternidad es «querida», «gloriosa», «dichosa» y sobre todo personal: Isabel Ana habla de «nuestra eternidad», «mi eternidad», «su eternidad», y hay que hacer todo lo posible para no perder la eternidad divina, comunión con Dios, y para no arriesgarnos a una eternidad de sufrimiento y de separación de Dios. Ella suplica a sus hijos, pero también a sus alumnos, a sus amigos y a sus Hermanas, que mantengan los ojos fijos en la eternidad para no perder de vista sus delicias a causa de las preocupaciones y de las tentaciones del mundo, esas distracciones del diablo al que ella apoda «Sam». Escribe a su hijo Guillermo: «*Mi amor por ti no tiene ni límite ni medida, y sólo puede satisfacerse de la*

Santa Isabel Ana Seton, una mujer de comunión

eternidad» (II, 762). Ella puede soportar algunas separaciones terrestres, pero cuenta con la unión en el Cielo con todos aquellos a los que quiere.

Confía en Dios y en su misericordia y no cuestiona su justicia, sabe que cada persona debe comparecer ante el tribunal de Dios y dar cuenta de su vida. Ella permanece vigilante en su alma. «*Véla, y serás preparada no solamente para la comunión en esta tierra, sino también para tu comunión en la eternidad*» (II, 776) escribe a una hija que se prepara para su Primera Comunión, pero esto es una regla de vida para ella misma y que ella propone a todos. Ella exclama: «*¡Eternidad! ¡Madre! ¡Qué responsabilidad! ¡Madre de las Hijas de la Caridad, que tienen tantas cosas que hacer también por Dios durante su corta vida!*» (IIIb, p. 31) Cada momento cuenta.

Ella sabe que la comunión con Dios la espera: «*Este mundo pasa —¡ETERNIDAD! Esta voz debe comprenderse por todas partes. ¡Eternidad! Nada más que amarle y servirle... A Él que debe ser amado y eternamente servido y alabado en el cielo*» (IIIa, p. 523). Pasa su vida preparando su eternidad, amando, sirviendo y alabando a Dios a través de sus actos, siempre orientada hacia Él en el cielo y presente en su prójimo.

Sin vacilar, podemos decir que Isabel Ana Seton vive la espiritualidad de la comunión definida por San Juan Pablo II: «*Espiritualidad de la comunión significa ante todo una mirada del corazón sobre todo hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros, y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado. Espiritualidad de la comunión significa, además, capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico y, por tanto, como «uno que me pertenece», para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad*» (Novo millennio ineunte, 43).

Que la intercesión de santa Isabel Ana Seton haga de nosotras también mujeres de comunión.

Sor Judith MAUSSER
Hija de la Caridad

Notas

¹ *Elizabeth Bayley Seton: Collected Writings [Obras completas]*. Cuatro tomos editados por Sor Regina Bechtle, SC y Sor Judith Metz, SC. New City Press : Hyde Park, 2000-2006.

La unión de las Hermanas de la Caridad de San José de los Estados Unidos con la Compañía de las Hijas de la Caridad

Durante la aparición del 18 de julio de 1830, la Santísima Virgen dice a Catalina Labouré: *«Cuando la Regla sea puesta en vigor, habrá una Comunidad que vendrá a unirse a la Comunidad. No es la costumbre, pero yo las amo; diga que se las reciba. Dios las bendecirá, ellas gozarán de una gran paz. La Comunidad gozará de una gran paz, llegará a ser grande¹»*. Esta «profecía» se cumplió en 1850.

Para comprender bien cómo se realizó la unión de las Hermanas de la Caridad de San José de los Estados Unidos con la Compañía de las Hijas de la Caridad, veamos en primer lugar la fundación y las personas implicadas, el vínculo con la espiritualidad vicenciana, las razones que llevaron a la unión, la unión en sí misma y, finalmente, las consecuencias para la Compañía.

I – LAS HERMANAS DE LA CARIDAD DE SAN JOSÉ (1809-1850)

Al examinar todos los elementos que condujeron a la fundación de las Hermanas de la Caridad de San José de Emitsburgo, podemos afirmar que fue un trabajo «en equipo», realizado por la Providencia. Isabel Ana Seton es una joven viuda con cinco hijos, convertida del protestantismo, busca un medio de proseguir la educación de sus propios hijos y, al mismo tiempo, consagrarse a la educación de los niños pobres. Por petición de un sacerdote Sulpiciano, el Padre Louis-Guillaume Dubourg, que busca una

persona para fundar una escuela para la educación de las niñas, Elizabeth Ann acepta dejar Nueva York para establecerse en Baltimore. Y he aquí que, al mismo tiempo, un hombre que se había convertido recientemente al catolicismo, Samuel Cooper, quiere, antes de entrar en el seminario, renunciar a sus bienes en favor de una obra pía.

Cuando Samuel Cooper propone al Padre Dubourg su fortuna para la fundación de una escuela para las niñas, el sacerdote ve en ello un designio de la Providencia. No obstante, Samuel Cooper insiste para que la fundación tenga lugar en Emitsburgo. El arzobispo de Baltimore, Monseñor Carroll (Jesuita), aprueba el proyecto. Nombra al Padre Dubourg «Superior» de la nueva Comunidad y, el 25 de marzo de 1809, en presencia de Monseñor Carroll, Isabel Ana Seton pronuncia sus votos y recibe el título de «Madre». En junio de 1809, Madre Seton y cuatro compañeras revisten un hábito religioso muy sencillo y eligen el nombre de «Hermanas de la Caridad de San José». El 31 de julio de 1809, diez Hermanas se reúnen en la granja Fleming, en Emitsburgo, donde se encuentra una parroquia dirigida por el Padre Jean Dubois, también él Sulpiciano. Isabel Ana está acompañada por sus hijos, siempre se quedarán con ella. Los Sulpicianos se ocupan de la formación religiosa de las Hermanas.

Pero la nueva Comunidad necesita Reglas. En los comienzos, las Hermanas adoptan un Reglamento para organizar su manera de vivir. Como los Sulpicianos, que habían venido todos de Francia, conocen bien a las Hijas de la Caridad y su manera de servir a Dios y a los pobres, toman rápidamente las medidas necesarias para procurarse sus Reglas, esperando, al mismo tiempo, que algunas Hijas de la Caridad vengan a Estados Unidos para ayudar con su experiencia y su ejemplo a la Comunidad naciente de San José².

Aprovechando el viaje a Francia de Monseñor Flaget, Sulpiciano, hacen la petición oficial para que algunas Hijas de la Caridad vayan a Emitsburgo. Tres Hermanas, Sor Marie Bizeray, Sor Voirin y Sor Chauvin son nombradas para ir a formar a las Hermanas americanas en el espíritu y en los usos de la Compañía; desgraciadamente, la política de Napoleón va a hacer imposible esta misión. Las tres Hermanas ya están en Burdeos, preparadas para embarcar, pero el Gobierno les prohíbe salir de Francia. Así pues, Monseñor Flaget tiene que partir sin ellas, llevando solamente un ejemplar de las Reglas. Entonces, las tres Hermanas escriben una carta, cuya copia se encuentra en los archivos de la Casa Madre, «*A nuestras queridas Hermanas aspirantes a la Compañía de las Hijas de la Caridad*» y adjuntan a ella la fórmula de los votos de las Hijas de la Caridad y las instrucciones para pronunciarlos³.

Se lanza la traducción de las Reglas comunes, los Sulpicianos y el arzobispo de Baltimore modifican algunos pequeños puntos de las Reglas con el fin de adaptarlos a la cultura americana. El cambio más significativo es el de hacer de la educación de las niñas la misión principal de las Hermanas de la Caridad de San José. En el primer capítulo, encontramos el mismo texto que el de las Reglas Comunes de las Hijas de la Caridad, con el siguiente añadido: «*El fin secundario, pero no menos importante, es el de honrar la Santa Infancia de Jesús en las niñas, cuyo corazón está llamado a amar a Dios mediante la práctica de las virtudes y el conocimiento de la religión; al mismo tiempo sembrarán en sus mentes los granos de un saber útil*».

Según el texto aprobado de las Constituciones de las Hermanas de la Caridad: «*Las Hermanas de la Caridad son establecidas bajo la autoridad del arzobispo de Baltimore y del superior del Seminario de San Sulpicio en Baltimore, que designará al Superior (General) que dirigirá su Sociedad*». Las Hermanas hacen votos anuales en presencia de un sacerdote sulpiciano que es su Superior eclesiástico⁴.

En enero de 1812, las Hermanas adoptan la Regla común y eligen a Isabel Ana como primera Madre de las Hermanas de la Caridad de San José, cargo que ocupará hasta su muerte en 1821 y, en conformidad a su nueva Regla, la Comunidad comienza un noviciado de 18 meses. El 19 de julio de 1813, en la fiesta de San Vicente celebrada con fervor, dieciocho Hermanas pronuncian los votos por primera vez. La Comunidad toma forma y vida. Las Hermanas pueden desde entonces propagarse: en Filadelfia en primer lugar, luego en Nueva York.

Para alimentar su vida de oración y la de su nueva Comunidad, Isabel Ana Seton va a emprender un gran trabajo de traducción de los Escritos de los Fundadores: la vida de santa Luisa (la primera traducción en inglés), la vida de san Vicente y las Conferencias de san Vicente a las Hijas de la Caridad, así como otros autores franceses. Progresivamente, la Comunidad se modela según el espíritu de san Vicente.

En 1821, al día siguiente de la muerte de la Madre Seton, la Comunidad cuenta con cincuenta miembros. Rose White es elegida Madre para sucederla.

II – LA UNIÓN CON LAS HIJAS DE LA CARIDAD

Según sus Estatutos, las Hermanas de la Caridad de San José están dirigidas por un Sulpiciano, que es su Superior general, y por una Madre Superiora con su Consejo. Es el Superior del Seminario de San Sulpicio de

Baltimore quien nombra al Superior general de las Hermanas en función de las otras urgencias pastorales. Varios de ellos tuvieron mandatos bastante cortos de 2-3 años, estos eran interrumpidos por misiones juzgadas más importantes: dirección de un seminario o de una diócesis. Todos los Superiores generales son sacerdotes franceses, salvo el último, pero que conocían todos bien la manera de vivir de las Hijas de la Caridad.

Los Padres Paúles en Estados Unidos

El Padre Dubourg, nombrado Obispo de lo que entonces era la diócesis de Luisiana, llama en 1815 a los sacerdotes de la Congregación de la Misión para hacerse cargo de un seminario en Estados Unidos. Los primeros Padres Paúles llegados a América son italianos: Félix De Andreis, superior, José Rosati (1789-1843), Juan Bautista Acquaroni, Hermano Martin Blanka. El apostolado de los Padres Paúles consiste en garantizar la formación de los sacerdotes de la diócesis de Luisiana y predicar misiones. El año siguiente, sacerdotes diocesanos, seminaristas, postulantes y Hermanos se unen a ellos con la intención de llegar a ser Padres Paúles en América. Sin embargo, la misión de los Padres Paúles está alejada de la Comunidad de las Hermanas y no hay ningún contacto entre ellos.

Según su carisma, los Sulpicianos tienen por tarea principal la formación de los sacerdotes y, así pues, la dirección de las Hermanas está considerada como secundaria. En 1826, Antoine Garnier, elegido Superior general de los Sulpicianos, piensa que ha llegado el momento de ceder a otros todas las obligaciones ajenas a su obra principal, es decir, los seminarios eclesiásticos. Para los Sulpicianos de Estados Unidos, está claro que deben ceder la dirección de las Hermanas. Además, en 1846, el Obispo de Nueva York, Monseñor John Hughes, deseando ver a las Hermanas de su diócesis bajo su dirección personal, provoca una separación leal de las Hermanas de Nueva York de las de Emitsburgo. Y puesto que las Hermanas viven según el espíritu de san Vicente, los Sulpicianos deciden tratar el asunto con el Superior general de la Congregación de la Misión.

LA UNIÓN

Las negociaciones van a durar varios años. En 1840, Monseñor Rosati, Padre Paúl (primer obispo de la diócesis de Saint Louis entre 1826 y 1843) escribe sobre este asunto al Visitador de Estados Unidos, después de haberse reunido con los Superiores de París⁵.

«Soy formalmente de la opinión de que, si nuestras Hermanas americanas pudieran estar unidas a las de Francia...Yo he hablado en este sentido a la vez a la Superiora de las Hermanas y al Superior general de la Congregación. He mencionado lo que, quizás, podría causar algunas dificultades: el hábito y el pensionado de jóvenes. He hecho observar que el hábito de las Hermanas de Francia sería difícilmente adoptado en América; ellos no lo exigirían: en España, las Hermanas de la Caridad no tienen el mismo hábito, y no conceden mucha importancia a este punto. – En lo que respecta al pensionado, en la Casa Madre han comprendido también muy bien los motivos por los cuales podría permitirse, en este caso único, una excepción a la Regla: la necesidad en la que se encuentran para sostener el noviciado y también de tener los medios de dar una formación conveniente a las Hermanas jóvenes, destinadas a enseñar en los orfanatos y en las escuelas gratuitas para los pobres. Piden naturalmente que las Hermanas estén todas bajo la dirección de la Congregación de la Misión, como en Francia».

El Consejo general de la Compañía recoge el 13 de diciembre de 1848: «Las Hermanas hospitalarias de Baltimore, piden unirse a Nuestra Comunidad; sabemos que lo desean desde hace mucho tiempo, y que ha habido incluso algunos pasos a este respecto, pero hasta el presente han sido sin resultado. El Consejo espera que sería un gran bien esta unión, con tal de que algunas dificultades, que parecen presentarse, fueran allanadas. En consecuencia, el P. Superior quiere tomarse la molestia de escribir, incluso a los Obispos respectivos para darles a conocer las condiciones requeridas y preguntar sus sentimientos a este respecto».

Algunos meses más tarde, el 18 de julio de 1849, el Consejo general analiza de nuevo la petición «De las Hermanas, llamadas de la Caridad, cuya Casa Madre está establecida en Emitsburgo, desean desde hace varios años e incluso habían solicitado unirse a nuestra Comunidad, estando penetradas por el espíritu y las Reglas de San Vicente»; toma la decisión «que procedía ocuparse de este importante asunto con el celo y la prudencia que exige para hacer que salga adelante en el espíritu de San Vicente».

El 28 de agosto de 1849, el Padre Étienne escribe a la Superiora de la Comunidad de las Hermanas de la Caridad de San José, Madre Étienne (Stéphanie) Hall:

«Así pues, es con gozo, mis queridas Hermanas, que yo abro mi corazón paternal a su comunidad, y le asigno el lugar distinguido que debe ocupar en él de ahora en adelante. [...] He comunicado su carta

al Consejo de la comunidad-Madre. Su petición ha sido admitida en él y favorablemente acogida. Se ha resuelto que el P. Maller sería revestido de mis poderes, para tratar con ustedes de las condiciones de la reunión que desean operar. No deseamos más que una sola cosa, que la comunidad de América no sea realmente más que una con la Casa Madre, por la posesión de un mismo espíritu, por la observancia de las mismas reglas, por la observancia también de las mismas prácticas, de los mismos usos, con el fin de que ella ejerza la misma caridad».

El Visitador de los Padres Paúles en Estados Unidos, el P. Maller (español) es el encargado de este asunto. En una carta⁶ dirigida a la Madre Etienne, le dice (20 de agosto de 1849): *«Una Hermana que nos conocía en absoluto la existencia de su Comunidad ha sido favorecida en varias ocasiones por el Todopoderoso con los favores más extraordinarios. A lo largo de diferentes visiones de la Virgen Inmaculada y de nuestro Bienaventurado Padre san Vicente, se le dijo que una comunidad de cierto país se uniría a las Hermanas de la Caridad de Francia... Y como yo no conocía otro país que los Estados Unidos, ni otra comunidad que la vuestra, a los cuales estas revelaciones puedan aplicarse, estoy feliz de creer que estas revelaciones han sido hechas para el bien de ustedes, y para el mío».*

Finalizados todos los preliminares necesarios, la unión formal con las Hijas de la Caridad finalmente se consuma; el 25 de marzo de 1850, las Hermanas que pertenecían a la casa de San José hacen voto de obediencia al sucesor de san Vicente de Paúl. Treinta establecimientos y trescientas cuarenta y cinco Hermanas se agregan a la familia de san Vicente.

En su primera carta dirigida a las Hijas de la Caridad de América, traducida en inglés, el 1 de noviembre de 1850, el Padre Etienne nombra a la Madre Etienne Hall «Visitadora» y al Padre Maller, «Director provincial» de Estados Unidos. Les escribe: *«Remóntense al origen de su institución [...] ¡qué semejanza impactante entre sus comienzos y los de la Compañía! Es también una pobre viuda la que ha dado nacimiento a su pequeña familia. Y esta piadosa viuda, cuál no sería su amor a la sencillez, a la pobreza y a todas las máximas de san Vicente».*

Posteriormente, cuatro Hermanas americanas son enviadas a París para formarse en los usos de la Comunidad: Seminario, Economato, Secretaría y hábitos. Poco tiempo después, la nueva Visitadora va a París

para encontrarse con los Superiores Mayores: el Padre Etienne y la Madre Mazin. El 8 de diciembre de 1851, las Hijas de la Caridad de Estados Unidos toman el hábito azul y la corneta.

En la Carta circular del 1 de enero de 1851, la Madre Mazin comunica la noticia a toda la Compañía, adjunta la carta que el Padre Etienne había enviado a las Hermanas de Estados Unidos en noviembre de 1850.

CONSECUENCIAS...

Anunciada por la Virgen Inmaculada, «la única Madre de la Compañía», esta afiliación de las Hermanas americanas se realizó después de un largo tiempo de reflexión y de discernimiento. Sin embargo, poco tiempo después, surgen dificultades y contrariedades.

En una sesión del Consejo general (enero de 1852), se sabe que varias Hermanas desean retirarse y que la Casa de Cincinnati se niega a tomar el hábito de las Hijas de la Caridad. *«Las Hermanas jóvenes serán retiradas de allí con el fin de sustraerlas a los malos ejemplos. Las otras permanecerán allí por su propia voluntad y se interrumpirá toda correspondencia».*

Las Hermanas americanas adoptan difícilmente las costumbres francesas, sobre todo en lo que concierne a la manera de alimentarse; *«ellas atribuyen las variaciones de su salud a su nuevo régimen».* El Consejo general permite entonces que las Hermanas tomen el desayuno a la americana añadiendo que el Director *«tendrá que hacerles apreciar las ventajas de una vida más sencilla».* Otro problema es la ropa interior común y las Hermanas *«tienen gran dificultad en superar su repugnancia para utilizar ropa común, cuando hasta ahora ha sido personal».* El Consejo general decide que las Hermanas antiguas puedan guardar su ropa interior personal pero que es bueno habituar a las Hermanas del Seminario a esta nueva práctica (Consejo del 16 de octubre de 1853). Para ayudar a las Hermanas de América a iniciarse más fácilmente en los usos de la Compañía, el Consejo general decide enviar a cuatro Hermanas jóvenes irlandesas *«que además han probado bastante buen espíritu... poseyendo la misma lengua y apreciando las prácticas y usos de la Comunidad, ellas podrán incluso contribuir a hacerlos conocer y observar por nuestras Hermanas»* (Consejo del 31 de marzo de 1852).

Conclusión

Después de esta unión de las «Hermanas de la Caridad de San José» de Emitsburgo en 1850, otras dos comunidades se unieron también a la Compañía: en 1851, son las «Hermanas de la Misericordia» de Graz, en Austria, que tenían por Superiora a Leopoldina de Brandis y, en 1854, las Hermanas de la Caridad de Verviers, en Bélgica. Todas estas uniones «obligaron» a la Compañía a tomar varias decisiones. Sor Brandis es nombrada primera Visitadora de la Provincia de Austria, que comprende todos los países del antiguo imperio austro-húngaro. En el Consejo del 16 de octubre de 1853, se decide que los Directores y las Visitadoras de las Provincias muy alejadas de la Casa Madre tengan más autoridad para resolver los problemas sobre el terreno y que las cartas circulares serán traducidas, «*teniendo derecho todos los miembros de la familia a las mismas enseñanzas*». Para garantizar la unidad y la uniformidad, el Padre Etienne va a promulgar un *Reglamento para las Provincias fuera de Francia* (1862) y la refundición del Consuetudinario para «*generalizar y hacer uniforme en toda la Compañía las mismas prácticas y usos, la misma manera de observar las Reglas, y de hacer las obras, con el fin de mantener por todas partes el mismo espíritu*».

Sor Magdalena HARBU,
Hija de la Caridad

Notas

¹ R. Laurentin y P. Roche, *Catalina Labouré y la Medalla milagrosa*, Lethielleux, 1976, documentos n° 637 y 638, 30 de octubre de 1876, página 352 (versión francesa).

² Ver el relato completo en *Carta de sor Marie-Louise Caulfield, secretaria, a sor Le Blanc, secretaria general en París, 24 de septiembre de 1882*, publicada en los Anales de la Congregación, 1883, p.128-150. Ver también *Nuestra unión con Francia. Las Hijas de la Caridad americanas de 1809 a 1851 de Sor John Mary Crumlish*, Anales de la Congregación, mayo de 1950, p. 333-373; Ver también *Isabel Ana Bayley Seton. Mujer de Misión (a), (b)* de Sor Betty Ann Mc Neil, Ecos de la Compañía, noviembre-diciembre 2000.

³ Ecos de la Compañía, 2000, *Isabel Ana Bayley Seton. Mujer de Misión (a)*, de Sor Betty Ann Mc Neil, página 391.

⁴ *Ibidem*, página 393.

⁵ Anales de la Congregación, 1950, *Nuestra unión con Francia*, de Sor John Mary Crumlish, página 349.

⁶ *Ibidem*, página 364;